

R111 62

POLITICA Y ESPIRITU

Nº 111

SUMARIO

¿COMO SALIR DEL PASO?

POLITICA NACIONAL: Los hechos (Re-
ne Monteu) comenzó a caer cuando se so-
lucione la última crisis mundial. — A
Joaquín García, la nación, el subconsciente
y es arrastrado al Tribunal Supremo del
PAE. — Continúa la revolución en nues-
tra política exterior. — Libro principal
dañificado. — Los países no cuentan a
genio.

POLITICA INTERNACIONAL: Sin salida
en Indochina. — A las puertas del Apo-
calipsis. — NATO en la balanza.

POLITICA VERDAD: por Jaime Castillo
Castro.

**EL ESTADO: LA TOLERANCIA RELI-
GIOSA Y PLO XI:** por Luis F. Díaz
Riera.

ESTE MUNDO DE HOY: Justicia al libro
bueno. — El principio del futuro. — Tra-
do por Lluís de la Puente. — La unión es el
contorno. — Democracia en la Conferencia
Británica. — Nueva Manifiesto. — Breve
historia.

LOS LIBROS: Tres libros. — De
Hilda D'Aguirre.

DOCUMENTOS: El Mensaje Social de Chi-
chi, por María Mercedes Carrasco.

AÑO
X

3987

15 de ABRIL de 1954

CLUB DE LECTORES DEL PACIFICO

Hágase socio de este Club, organizado por la Editorial Del Pacífico S. A., lo que le permitirá adquirir en forma rápida y en condiciones muy favorables los libros que publica esa empresa.

Los socios del CLUB DE LECTORES DEL PACIFICO disfrutan, entre otras, de las siguientes ventajas:

Adquieren los libros a un precio especial, inferior al de venta al público.

Reciben los libros en el lugar que indiquen, sin recargo alguno por su envío.

Adquieren los libros de mayor categoría y calidad que se publican en Chile, sobre las materias más diversas.

Pida informes y antecedentes al

CLUB DE LECTORES DEL PACIFICO

Ahumada 57 – Casilla 3126 – Fono 89166

Santiago.

POLITICA Y ESPIRITU

— *Los hechos y las ideas* —

REVISTA QUINCENAL

AÑO X N° 111

15 de Abril de 1954

I N D I C E

¿Cómo salir del paso?	1
Política Nacional	3
Política Internacional	6
Política y Verdad, por <i>Jaime Castillo Velasco</i>	11
El Estado, la tolerancia religiosa y Pío XII, por <i>Luis Young Reyes</i>	16
Este Mundo de Hoy	19
Los Libros	23
Documentos: El Mensaje Social de Ozanam, por Mons. <i>Manuel Larrain Errázuriz</i>	25

REDACCION — ADMINISTRACION

Ahumada 57, Tel. 85011, Casilla 3126
Santiago de Chile

DIRECTOR:

Andrés Santa Cruz Serrano

POLITICA NACIONAL:

Julio Fuentes Molina

POLITICA INTERNACIONAL:

Alejandro Magnet Paguey

ESTE MUNDO DE HOY:

Jaime Castillo Velasco.

Valor de la suscripción a 24 números:
Chile \$ 440.— Extranjero, US\$ 3.— Las suscripciones deben solicitarse a EDITORIAL DEL PACIFICO S. A., Casilla 3126, Santiago de Chile. — Impreso en los Talleres de la Editorial Del Pacifico S. A., San Francisco 116.

¿ COMO SALIR DEL PASO ?

Es probable, aún cuando estas líneas pretendan ser un intento clarificador de las ideas en relación con el próximo futuro del país, que al término de ellas hayamos avanzado muy poco, algunos lugares comunes estén nuevamente repetidos y se termine por comprobar que no hay nada que hacer; que estamos sometidos a una especie de fatalismo histórico en el cual todos tenemos conciencia del peligro y ninguno sabe, quiere o puede afrontarlo.

Lo primero para llegar a acuerdo sobre lo que con vendría en adelante, es estarlo sobre la realidad presente. Veamos: el señor Ibáñez llegó a la Presidencia de la República con el sufragio de una importante mayoría relativa, seguido sólo en tercer término por quien representaba más o menos el régimen anterior; los Partidos políticos habían sufrido sucesivas crisis, el emporcamiento recíproco superaba sus mejores épocas y las fuerzas gremiales estaban desquiciadas; la prosperidad del cobre no alcanzaba a cubrir las necesidades fiscales y se abrían las compuertas a los apetitos y a la inflación; ciertos avances sólidos de industrialización dejaban en evidencia el estagnamiento agrícola y el desgaste de numerosos servicios vitales.

La imaginación popular retrotrajo la figura de un cuarto de siglo atrás, en que quien ascendía a la primera magistratura rebosaba energía y espíritu realizador. Las consignas más audaces y los silencios más acomodaticios crearon la ilusión de que el Paraíso perdido se recuperaría a poco andar: y el andar ha sido bastante, escasas las realizaciones y el descorazonamiento, atroz. Quienes fiaban en la firmeza de su carácter no han podido reconocerlo encarnando la vacilación; quienes creían en que su inteligencia primaba sobre su energía, han debido comprobar ausencia de directivas, confusión de criterios y flagrantes contradicciones. A pesar de ello, el marco ambiental de tal cuadro le ha ido siendo propicio hasta ahora, en que una rebeldía nacional prende por doquier, sin quemar ni dejar cenizas todavía.

Nuestro régimen presidencial otorga a quien desempeña la Primera Magistratura tal suma de autoridad que de su buen o mal ejercicio depende en gran medida la suerte del país; lo que es particularmente cierto, ahora, en que el Estado es un factor decisivo en el orden económico-social. El asesoramiento oficial y permanente del Presidente de la República debe practicarse a través de los Ministros de Estado, pero suelen advertirse asesorías de trastienda, irresponsables e interminables, pero escuchadas y seguidas, con gran perturbación de la continuidad gubernativa. Una de las principales justificaciones del sistema presidencial fué la de asegurar estabilidad a los Ministerios y al Gobierno mismo, víctimas de un parlamentarismo degenerado; pero se ha caído en una permanente rotativa de Ministros por la simple voluntad presidencial, llegándose a la paradoja de que el factor de estabilidad del nuevo régimen es precisamente el de su inestabilidad. Culpables también de esta situación son aquellos grupos que sin decantación ideológica ni humana triunfaron por la fuerza de un mito y se sintieron, sin razón, intérpretes del anhelo nacional.

En este evento, al no encontrarse fuerzas orgánicas calificadas y suficientes para asumir responsabilidades de gobierno dentro del ámbito que conglomeró el ibañismo, se ha comenzado a conjeturar sobre una complementación que permitiera por lo menos un interregno de paz y de reencauzamiento gubernativo. Al mismo tiempo se advierten quienes, desesperanzados de toda posibilidad de rectificación y seguros del aguzamiento de la crisis nacional, no trepidan en creer que sólo el golpe de estado, militar o civil con pase militar, puede evitar incluso una hecatombe de mayores proyecciones. Otros, contumaces, se autosugestionan y piensan que todo anda bien, que es cuestión de tiempo, que se está creando un clima artificial de descontento por los sectores desplazados. Y por último, no faltan quienes no pueden dejar de ver lo sombrío de la situación, que por circunstancias especiales las normas constitucionales son difícilmente adecuadas para regularizar la inoperancia gubernativa y que sería preciso, en consecuencia, intentar su reforma tras el reforzamiento de la acción del Ejecutivo, dándole dirección y estabilidad, ya sea por medio de un Vice-presidente, o de un Primer Ministro con atribuciones específicas y designación presidencial con asentimiento parlamentario.

La ampliación de la base de gobierno tiene serios escollos: primero, no se advierte voluntad responsable de cambio; segundo, nadie se siente garantido de que lo que comienza hoy pueda continuar mañana; y, tercero, el solidarizar con la labor de gobierno, dadas sus limitaciones actuales, no podría conducir sino al desprestigio y a la quiebra de soluciones de reemplazo indispensables en una democracia. El golpismo, además de ofender hasta con la especulación sobre él a las fuerzas armadas, contraría el espíritu democrático que mal que mal se ha ido adentrando en el sentimiento de los chilenos y no se ve bien tras de qué pudiera jugarse y cómo podría enfrentar mucho mejor los problemas económico-sociales. Los que desean continuar poco más o menos en lo mismo cada vez son menos. Y, finalmente, los que buscan algún tipo de nuevo cauce legal, percatándose de sus dificultades y de su relativa transitoriedad, creen que solamente por medio de él se podría conciliar un nuevo giro de la política nacional, sin quebrantar las aspiraciones nacionales que dieron el triunfo al señor Ibáñez, ni vulnerar la vida institucional del país.

¿Cómo salir del paso? es el encabezamiento de estas líneas. La respuesta no está dada; sin embargo, las consideraciones sobre el tema deben hacernos meditar a todos, porque el destino de la Patria a todos nos pertenece.

LOS HECHOS

Las últimas semanas de nuestro ajeteo político nacional, se caracterizaron por la nebulosa que rodeó a ciertos acontecimientos que muchos creyeron serían determinantes para un viraje decisivo en la línea política del Gobierno del General Ibáñez del Campo. Los hechos sobresalientes y que dieron margen a mayores comentarios y especulaciones, fueron los siguientes: Salió René Montero de la Secretaría General de Gobierno y lo hizo por la ventana creyendo que se quedaba; la derecha sufrió un fiasco, fracasando en sus gestiones de tender un puente de plata entre la oposición y el ejecutivo, el Partido que sufrió la mayor derrota en ésto, fué el Conservador Unido; El PAL al borde de la división aún no logra encontrar la fórmula que sirva de común denominador a sus corrientes doctrinarias contrapuestas: José García ex Presidente de ese Partido y Senador por la 9ª Circunscripción dejó hablar a su inconsciente en una entrevista de prensa y ésto lo llevó al Tribunal Supremo del Partido, nueve diputados, se levantaron en rebeldía ante el peligro que corría su líder y el entuerto aún no se arregla.

Volvieron a intensificarse los rumores sobre posibilidades de trastornos constitucionales. Se atribuyen a don Abdón Parra Urzúa, Ministro de Defensa, reuniones con Generales, de las cuales habrían partido aires no muy tranquilizadores para el futuro de la democracia chilena. Diversos políticos de partidos de oposición, sin respaldos de sus directivas, reinician gestiones para lograr un bloque que se oponga a esos hipotéticos manejos.

El Delito Económico marcha a pasos de tortuga en la Cámara de Diputados y su artículo 23, donde se establecen sanciones para los agricultores que no cultiven su tierra, hace titubear a los agrarios laboristas y ocasiona ásperas reuniones entre sus parlamentarios.

El Partido Democrático del Pueblo comienza a virar hacia la oposición y le sirve como pretexto la huelga de electro-gas. Santiago Wilson, estuvo a punto de ser sacrificado, pero se salvó con cancha de viejo político, sembrando la disconformidad dentro del propio Gabinete.

La situación del cobre continúa crítica y el Gobierno sigue desorientadamente adoptando resoluciones que después no se atreve a llevar a la práctica; el Canciller Barros Ortiz desmiente que se haya llegado a un acuerdo en el Consejo de Gabinete para reanudar relaciones con los países del bloque oriental, pero el acuerdo existe y sus detalles los daremos a conocer con amplitud.

Se afloja la mano del Gobierno en su carrera por restringir la libertad de Prensa; 4 Ministros dan explicaciones al Círculo de Periodistas y la Justicia continúa rechazando querrelas gubernativas basadas en la Ley de Defensa de la Democracia.

El Partido Agrario Laborista, pretende enderezar su acción hacia una política de izquierda; trata de aparecer como el campeón de la iniciativa de restablecer relaciones diplomáticas con Rusia y los países de su órbita.

La Federación Social-Cristiana, el Partido Radical, el Liberal y el Socialista Popular, se agotan en debates políticos internos tratando de encontrar un verdadero camino dentro de la maraña de inciertos senderos de nuestra política. Hasta el momento no lo logran.

Esquemáticamente puede decirse que estos son los principales incidentes de los últimos 15 días.

RENE MONTERO COMENZO A CAER CUANDO SE SOLUCIONO LA ULTIMA CRISIS MINISTERIAL



La renuncia del secretario general de Gobierno, don René Montero Moreno, fué una bomba de tiempo, cuya mecha se encendió cuando fracasaron todos sus intentos para imponer un hombre fuerte en el Ministerio del Interior, en vez de Santiago Wilson, al producirse el último remesón ministerial. En esa oportunidad se libró una guerra sorda entre el entonces hombre fuerte del régimen y la directiva del Partido Agrario Laborista. El señor Montero perdió y su derrota se tradujo en su alejamiento definitivo del lugar de privilegio al lado del Presidente de la República. El, sin embargo, en amarga nota, no culpó a estas circunstancias su decisión de renunciar. Se quejó de que se quería empañar su vida limpia y su "penacho blanco", al pretender hacerlo aparecer, en acusaciones veladas, como participando en un negocio dudoso hecho por la Empresa Nacional de Transportes del Estado, al aprobar una propuesta para la adquisición de buses. René Montero entregó su renuncia al Jefe del Estado, según han sostenido los círculos interiorizados en la materia, con el convencimiento de que ella le sería rechazada. Sin embargo, también en las alturas se movían fuertes influencias que trataban de convencer al señor Ibáñez del Campo de que la vecindad de don René Montero Moreno, era pernicioso para su Gobierno ya que él hacía lo posible por llevar a la Moneda, a sectores poderosos de la derecha económica. La buena estrella, que hasta el momento había guiado al secretario general de Gobierno, en esta oportunidad continuó opacándose y pudieron más esas influencias que sus continuas protestas de lealtad incondicional hacia la persona del Jefe del Estado.

Así se produjo su alejamiento y cayó sin pena ni gloria después de haber aparecido durante largos meses como la Eminencia Gris del actual régimen. Ya concretada esta renuncia, y cuando la suerte estaba echada, ciertos elementos del Partido Agrario Laborista, se movilizaron para tratar de salvarlo, pues consideraban que era el único puente posible entre la Moneda y los partidos de oposición derechista. Tampoco lo lograron, pero sí consiguieron crear un ambiente de fronda dentro del Partido Agrario Laborista el que aún subsiste a

pesar de todos los esfuerzos que se han hecho para encontrar una fórmula de conciliación.

A JOSE GARCIA LO TRAICIONA EL SUBCONSCIENTE Y ES ARRASTRADO AL TRIBUNAL SUPREMO DEL PAL



Como una consecuencia de los trajines anteriormente relatados, el señor José García, que se jugó entero en defensa del ex secretario general de Gobierno, fué traicionado por su subconsciente en declaraciones que hizo a periodistas. En

ellas dejó en claro que se consideraba totalmente divorciado de la directiva que preside don Rafael Tarud y dijo, también, cosas más graves. Aseguró estar de acuerdo con las gestiones que hacía el señor René Montero por acercar a la Moneda al Partido Conservador Unido de Juan Antonio Coloma. Esas declaraciones, naturalmente, fueron aprovechadas por la Junta Ejecutiva del Pal, como piedra de escándalo para colocar en una difícil situación al Jefe de la corriente opositora. Fué puesto a disposición del Tribunal Supremo, lo que, sus partidarios consideraron poco menos que una irreverencia. Se enardecieron los ánimos, se reunieron los diputados afectos al senador por la Novena Circunscripción y nació el Comité de Recuperación agrario laborista, presidido por Alfredo Lea Plaza.

Estos acontecimientos hicieron pensar en la inminencia de una división total del Partido Agrario Laborista. Comenzaron, en seguida, como siempre ocurre en estos casos, a actuar los amigables componedores, entre ellos, el que con mayor tezón se movió fué el Ministro de Agricultura, señor Alejandro Hales. Las reuniones secretas, o pseudo secretas, se sucedieron largas y cansadoras. De ellas salieron noticias que mantuvieron por algunos días tenso el ambiente político de los hombres que giran alrededor del PAL. Todo, pese a estos esfuerzos, resultó vano.

Estaba en juego algo más profundo; no se trataba de una lucha doctrinaria, sino que de definir posiciones de preponderancia cerca de la Moneda. El Presidente de la República, después de decidirse a alejar de su lado a René Montero, quiso cortar todos los vínculos que podían aparecer uniendo a la Moneda con la Derecha; se impresionó con la

actitud pro-derechista de José García y volcó sus simpatías hacia Rafael Tarud y su sector.

Hasta este momento así están los acontecimientos; ni el ex Secretario General de Gobierno, ni los llamados "zorros grises" de José García, son recibidos con caras amables en las alturas. De ahí que la pelea intestina la tengan prácticamente perdida. Un acta que fué levantada por el Tribunal Supremo, para dar una salida "decorosa" al impasse, y en la cual el senador, después de desmentir terminantemente las declaraciones de prensa que hiciera, aparece rindiendo acatamiento a las autoridades del PAL, aún no ha sido firmada por éste. Si termina estampando en ella su firma, su actitud será considerada como una capitulación completa; si no lo hace, se expondrá a la sanción máxima: la expulsión. Como puede apreciarse a los políticos no les conviene dejar hablar a su subconsciente, ni mucho menos hacerlo ante periodistas. Que les sirva de ejemplo la tragedia de José García.

CONTINUA LA INDECISION EN NUESTRA POLITICA EXTERIOR: EL COBRE PRINCIPAL DAMNIFICADO



Si en el plano político interno el Gobierno del señor Ibáñez del Campo nada ha aprendido en el año y medio de ejercicio del poder, y, por el contrario, parece empeñado en perseverar en errores evidentes, en el plano de nuestra política exterior

sigue las mismas aguas. Es decir, indecisiones, resoluciones contradictorias que posteriormente a nada conducen como no sea a obscurecer aún más el panorama.

Sin pretender hacer un recuento de esa acción, pues sería labor de titanes, es interesante recordar que este Gobierno comenzó agitando a todo trapo una bandera de acercamiento hacia las tierras del justicialismo, hasta llegar a hablar de "borrar las fronteras políticas y económicas con Argentina". A poco andar debió olvidar esa enseña y arrumbarla en el desván de los recuerdos. Luego sus esfuerzos se orientaron a lograr las simpatías de Estados Unidos, país que había observado con el ceño duro nuestro acercamiento con el Gobierno de Perón. Pero tampoco en esta línea se siguió una norma definida; mientras por un lado se hacían esfuerzos por

ablandar la dura mano del Tío Sam, por el otro se hablaba de comerciar con todos los países del Mundo, incluyendo a los de la órbita soviética.

Ello dificultó la tarea de colocar nuestro voluminoso stock de cobre en Estados Unidos y no ha hecho posible normalizar las ventas de ese metal que nos provee de nuestras mayores entradas de divisas.

Más tarde volvió el Gobierno a tantear nuevos derroteros. Venta de cobre a todos los mercados, fué la consigna; sin embargo, mientras Ministros de Estado sostenían que ese metal se vendería a quien quisiera adquirirlo, sin importar el color político del país comprador, el Embajador de nuestro país ante la Casa Blanca, en declaraciones de prensa, sostenía: "Se trata de un acuerdo político, Chile no venderá cobre a los países comunistas".

Como puede apreciarse esa política de tanteos e incertidumbres del Gobierno del señor Ibáñez del Campo, nos lleva a una situación muy similar, por lo precaria y peligrosa, a la de un barco navegando a la deriva en un mar encrespado sin capitán ni piloto; o con un capitán o un piloto que lanzasen a cada instante órdenes contradictorias.

Por ello a nadie ha asombrado un acuerdo de un último Consejo de Gabinete que habla de restablecer relaciones diplomáticas con los países del Bloque Oriental, y, tampoco, puede asombrar a nadie el terminante desmentido hecho al día siguiente por el Canciller Barros Ortiz. Todo ello no es otra cosa que la continuación de una norma ya establecida a través de un año y medio: la contradicción.

Lo real es que el Presidente de la República propuso, y obtuvo acuerdo, en Consejo de Gabinete último, para sondear el terreno internacional con miras a llegar al establecimiento de relaciones con todos los países orientales. Hubo Ministros que se opusieron a ello, entre otros el señor Del Pedregal y el propio Canciller, pero la mayoría de los Secretarios de Estado se declararon de acuerdo con la iniciativa presidencial. Se discutió allí hasta la forma de encarar la gestión en su fase primaria y se acordó comisionar al Embajador de Chile en Washington, Aníbal Jara Letelier, para que sondeara el terreno ante los representantes de esos países en las Naciones Unidas.

Todo esto no ha traído, hasta el momento, otra consecuencia que enturbiar más las aguas; los observadores se muestran escépticos ante ese nuevo anuncio pues recuerdan aún los continuos vaivenes que ha sufrido nuestra política exterior. La falta de visión de perspectiva de nuestros hombres dirigentes ha quedado demostrada una vez más. Hay quie-

nes consideran que esto no será posible subsanarlo sino encarando un cambio substancial en el equipo; la generalidad de los que se preocupan en analizar estos problemas están de acuerdo con esa teoría.

"LOS PALOS NO ENSEÑAN A GENTE"



Quienes adoptan como artículos de fe a nuestros abios refranes populares se han llevado ahora un soberano chasco, ante el fracaso de ese que sostiene que "los palos enseñan a gente".

Dejando de lado lo que de irreverencia pueda tener traer a colación un refrán un poco duro en un asunto político, uno no puede menos que relacionarlo con lo que le está ocurriendo al Ejecutivo en sus continuas querellas basadas en la Ley de Defensa de la Democracia.

Primero fueron varios parlamentarios radicales los que fueron llevados al banquillo por haber pronunciado frases de crítica dura ante asambleas políticas; la Justicia consideró que no eran constitutivas de delito.

Luego muchos periodistas han caído ante la verdadera guillotina que significa la mencionada Ley;

los Tribunales, sin embargo, han terminado, en la generalidad de los casos, en dar la razón al querrelado y no al querellante.

Ahora último, un nuevo parlamentario ha sido puesto a disposición de la Justicia; el senador Salvador Allende. El principal delito de que se le acusaba era el haber llamado "anciano" al Presidente de la República. Los miembros de la Corte de Apelaciones, algunos de los cuales tienen bastante edad y saben que el término anciano no es insulto ni mucho menos, dieron, por la unanimidad, la razón al senador socialista.

Ahora el asunto está en manos de la Corte Suprema y hay consenso casi unánime entre los que observan, sonriendo irónicamente, el desarrollo de este nuevo y pintoresco proceso, de que el fallo del Supremo Tribunal de Justicia concordará en todo con el dictado por el de Primera Instancia.

Luego queda otro parlamentario, también procesado en virtud de la misma Ley; el diputado liberal Luis Undurraga. Si el fallo también es absoluto sería conveniente que las autoridades recordaran el famoso refrán, ya que de no hacerlo las acciones en contra de los que, al decir del Ministerio, atentan contra las disposiciones de la Ley de Defensa, caerán en el más soberano de los ridículos.

Política INTERNACIONAL

SIN SALIDA EN INDOCHINA



El 7 de Abril, en conferencia de prensa en la Casa Blanca, el presidente Eisenhower declaró que el mundo libre, es decir, los Estados Unidos no cedería más terreno al comunismo en Asia. Esto significa en el hecho que el gobierno de Washington no está dispuesto a aceptar en modo al-

guno que los rebeldes del Viet Minh alcancen la victoria en Indochina. Ello, a su vez, implica en las actuales circunstancias, que demuestran la incapacidad francesa para mantenerse en ese país, que los Estados Unidos encaran ya la posibilidad de tomar la situación en sus manos, posiblemente, como también lo dijo Eisenhower, mediante "la con-

certación de una acción unida" que daría a Washington una intervención asociada pero ya directa en la conducción de la guerra. Es sólo cuestión de tiempo que tal cosa ocurra. El mismo día que Eisenhower hacía esas declaraciones en su país, en París el gobierno francés hacía pública su demanda del envío urgente de aviones de ayuda a la fortaleza de Dien Bien Phu. Tal ayuda se solicita en virtud de un acuerdo ya establecido por el general Ely en su visita a Washington hace un mes.

Por otro lado, el día 6 de Abril, el Quai d'Orsay había revelado que el Secretario de Estado norteamericano Foster Dulles había propuesto hacer una declaración pública de EE. UU., Gran Bretaña, Francia, Australia y Nueva Zelandia en el sentido de que si China ampliaba su intervención en Indochina, quedaba expuesta a sufrir represalias en su propio territorio. Esto hace ver que el gobierno francés traslada la desesperada lucha armada que se libra en Indochina al terreno de una pugna di-

plomática entre China y los Estados Unidos. ¿Hay posibilidades de que pueda llegarse a un acuerdo en semejante pugna?

Nada permite llegar a una conclusión afirmativa. El 24 de Marzo, Eisenhower ratificó una vez más la decisión de su gobierno de no permitir la admisión de la China comunista en las Naciones Unidas. En la Conferencia que se iniciará en Ginebra el 26 de Abril, los Estados Unidos mantendrán la misma posición. Por su parte, en materias de menor importancia que la señalada, Foster Dulles no puede hacer concesiones a China sin verse de inmediato desautorizado por el Senado. El solo hecho de que Estados Unidos hubiese aceptado conferenciar con los chinos rojos en Ginebra fué objeto de airadas interpelaciones en la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado y Dulles debió explicar que ello no significaba un reconocimiento ni tan sólo implícito del gobierno comunista de Mao Tsé Tung.

Así, pues, resulta evidente que aunque los franceses se retiren de Indochina después de siete años de una guerra inútil, sangrienta y costosa, la guerra habrá de seguir. El 29 de Marzo, el "New York Times" advertía claramente que en el caso de que los franceses se retiren de la lucha, los Estados Unidos "deberán estar listos para tomar grandes decisiones". Lo que quiere decir que la guerra de Corea tendrá una segunda parte y que los "boys" de Kansas o Connecticut tendrán que partir de nuevo hacia el Extremo Oriente, ya que no es verosímil que pueda aplicarse de inmediato la doctrina Eisenhower que entrega a los asiáticos la defensa del Asia. No es verosímil que semejante eventualidad pueda quedar descartada en la Conferencia de Ginebra, ya que, por su parte, ni China ni la URSS aparecen dispuestas a abandonar al Viet Minh, a pesar de los rumores que han corrido en ese sentido. Con lo cual también, Eisenhower y los republicanos verán volverse contra ellos los ataques que dirigieran contra Truman y los demócratas durante la última campaña electoral.

A LAS PUERTAS DEL APOCALIPSIS

La ofensiva diplomática norteamericana, que contiene severas y formales advertencias al mundo comunista para que el poder rojo se mantenga dentro de sus límites actuales, so pena de desencadenar una contraofensiva de consecuencias imprevisibles, ha



estado respaldada por una impresionante serie de demostraciones atómicas. El senador MacCarran—demócrata, el mismo de la famosa ley de inmigración— ha declarado como una advertencia a sus compatriotas que el envío de soldados y aviones de los EE. UU. a Indochina provocaría de inmediato la intervención china a favor del Viet Minh. Pero semejantes advertencias no enseñan nada nuevo ni al Departamento de Estado ni al Pentágono, que ya se han trazado una inquebrantable línea de acción y están dispuestos a correr los riesgos del caso para detener al comunismo.

Las resistencias provienen más bien de los aliados de los Estados Unidos, y especialmente de Gran Bretaña y Francia. A juicio de Churchill (declaración en el Parlamento el 5 de Abril) la bomba H aumenta las posibilidades de paz, a pesar de que los rusos "están pisándole los talones a los Estados Unidos y—sólo por el momento, pues—disponen de una bomba de menor poder.

El debate sobre la bomba atómica fué iniciado en el Parlamento inglés por el ex Premier Clement Attlee, quien pidió una reunión de dirigentes de los tres países que actualmente poseen el secreto y el "how to do" de la bomba atómica: la URSS., EE. UU., y la propia Gran Bretaña, para estudiar alguna manera de proceder al desarme.

La situación es especialmente grave para los ingleses, que en unos pocos millares de kilómetros cuadrados, a unos cuantos minutos de vuelo de las bases soviéticas, poseen grandes núcleos de población e industria altamente concentrados. "Tenemos muchas ciudades industriales y ellas están ahora expuestas a la destrucción de un solo golpe. Creo que la guerra entre los Estados armados de la bomba de hidrógeno será seguida de la desaparición de la civilización. ¿Hace ella a la guerra más o menos probable? No creemos que pueda evitarla. Existe la posibilidad de que haya gente que se arriesgue a provocar la guerra en la creencia de que no será usada y de que la sola amenaza de su empleo es muy peligrosa".

Para evitar toda sospecha de que sus últimas palabras significasen una alusión a ciertos elementos del Pentágono, Attlee añadió:—"No puedo creer que exista algún estadista democrático que sea capaz de iniciar esta guerra, pero debemos siempre tener en cuenta la diferencia que existe entre las democracias y los Estados autoritarios". "No hace mucho vimos cómo Alemania ponía todos sus recursos en manos de un paranoico. No hay garantía de que en algún país, en algún momento, no llegue al poder un fanático que sienta odio por todo lo

que el mundo considera sagrado y crea que toda la civilización debe ser destruída".

Por su parte, el mismo día, hablando por radio el mariscal Montgomery, vicecomandante supremo de las fuerzas de la NATO en Europa, manifestó su convicción de que, en caso de guerra, la bomba atómica sería utilizada inevitablemente y que, en tales circunstancias, el lugar más seguro sería el más próximo a las líneas enemigas (exactamente igual que en el cuento alemán), a menos, naturalmente, que fuese el propio amigo quien utilizase la bomba.

¿Es posible esto?

Contestando el discurso de Attlee, Churchill reveló que en 1943, cuando la bomba atómica de Hiroshima existía sólo en proyecto, se llegó a un acuerdo entre él mismo y el presidente Roosevelt, en Quebec, en el sentido de que:

1º Ninguno de los dos países utilizaría nunca el poder atómico contra el otro;

2º Dicho poder no sería empleado contra un tercero sin acuerdo de los dos pactantes;

3º Ambos tampoco proporcionarían información a un tercero sin mutuo acuerdo; y

4º El gobierno inglés renunciaba a todo interés ulterior de tipo comercial e industrial sobre la energía atómica, fuera de lo que se conviniera con el presidente de los EE. UU., en armonía con el bienestar mundial. Ello se acordaba en consideración y reconocimiento a la pesada carga que significaban para los norteamericanos las investigaciones que se realizaban.

Una tremenda batahola siguió en la Honorable Cámara de los Comunes a las declaraciones de Churchill, que terminó diciendo que toda alteración posterior a ese acuerdo era de responsabilidad del gobierno laborista que lo había reemplazado al término de la guerra.

"Rojo y temblando de ira" —dice el cable— Attlee se levantó para decir que Churchill los acusaba de haberse desinteresado de los aspectos militares del poder atómico a trueque de obtener de los Estados Unidos información de utilidad comercial o industrial. Según el mismo Attlee ello no había ocurrido, sino que posteriormente el Congreso norteamericano había aprobado la llamada Ley MacMahon, prohibiendo compartir los secretos atómicos, con lo cual el pacto había quedado roto.

—Al gobierno laborista le correspondía —replicó Churchill— recordarle a los norteamericanos la existencia de ese pacto, para impedir la dictación de la Ley MacMahon. Hace dos años le mostró al senador MacMahon el acuerdo de Quebec y me respondió que de haberlo conocido el Congreso, su

proyecto no habría sido ley. ¿Quién tiene la culpa? —Los norteamericanos, evidentemente, —respondió Attlee.

Sea como hubiese sido, la Casa Blanca declaró oficialmente el mismo día que el pacto de 1943 ya no se consideraba en vigencia y que el Primer Ministro inglés había hecho sus revelaciones con el conocimiento y consentimiento de Eisenhower.

Las cosas, con todo, no quedaron ahí, sino que al día siguiente el ex Presidente Truman, en una declaración que el senador republicano Hickenlooper, ex presidente de la Comisión Parlamentaria de energía atómica, calificó de "asombrosa", expresó que el acuerdo de Quebec no estaba cancelado; que seguía en vigencia, salvo en lo referente a la bomba H, que las Comisiones de Relaciones Exteriores de la Cámara y el Senado norteamericanos lo conocían (desmintiendo así al senador MacMahon) y que incluso él mismo había ratificado con Attlee el acuerdo Churchill-Roosevelt.

Posteriormente, en la Cámara de los Comunes, al reanudarse el debate sobre esta materia, el ex ministro laborista Morrison, que figuró en el gabinete de coalición dirigido por Churchill durante la guerra, declaró que el acuerdo secreto Roosevelt-Churchill tenía sólo un carácter personal y no había sido de gobierno a gobierno.

Entre tanto la historia puede llegar a dilucidar algún día este enredo —si la bomba atómica deja porvenir a la historia— los últimos experimentos llevados a cabo en el Pacífico están haciendo meditar a la humanidad. A juicio de Attlee —y con razón— el temor a la bomba atómica debe ser aumentado; hasta el propio Malenkov ha hecho ver a los rusos los peligros de una guerra en que esa arma se emplee y los japoneses han tenido ocasión de experimentar una vez más en carne propia los efectos de la desintegración nuclear.

El Presidente Eisenhower ha declarado que, por el momento, los Estados Unidos no encaran la posibilidad de fabricar bombas de hidrógeno más grandes que las ensayadas últimamente.

Sobre la base del efecto de éstas, la Universidad John Hopkins ha hecho un estudio en el cual se establece que si una bomba cayera en las cercanías de la Casa Blanca, en un área en que viven 84.000 personas, 14.500 morirían y 37.500 quedarían heridas. Es un comienzo prometedor, que quedaría ampliamente sobrepasado si, como es posible, se va ahora a la fabricación de la bomba de cobalto. Según el redactor científico del "New York Times", la explosión de la bomba de cobalto produciría una nube radioactiva 320 veces más poderosa que si fuera de radio y que podría flotar sobre millares de

kilómetros exterminando todo a su paso. Una bomba de ese tipo, a la cual se puede adicionar una tonelada de hidrógeno pesado podría producir 7 y media tonelada de cobalto radioactivo, equivalentes a unas 2.300 toneladas de radio. En la carrera desencadenada por la supremacía atómica, el próximo paso será, inevitablemente, la bomba de cobalto. "Si se logra construirla —dijo Einstein en 1950— el envenenamiento radioactivo de la atmósfera y, por consecuencia, la destrucción de toda señal de vida sobre la tierra, estaría dentro de los límites de las posibilidades técnicas".

De todos modos y mientras aquello llega, las experiencias atómicas en el área ad-hoc del Pacífico, han seguido realizándose. Y el hecho de que de Rusia no haya noticias no puede mirarse ciertamente como un hecho alentador.

En tales circunstancias ¿podrán prosperar algo más que en el pasado las negociaciones de la Comisión de Desarme de las Naciones Unidas?

LA NATO EN LA BALANZA

La espectacular destitución del mariscal Alphonse Juin de sus cargos de vicepresidente del Alto Consejo de las Fuerzas Armadas de Francia, miembro de la Comisión Nacional de Defensa y Consejero Permanente del Gobierno en materias de Defensa sirvió para poner más en evidencia la profunda división de la opinión francesa sobre la vital cuestión del tratado por el cual se crea la Comunidad Europea de Defensa.

El mariscal Juin —que conserva, por cierto, el mariscalato— no cree que el tratado de la C. E. D. sea lo mejor para la defensa francesa y así lo hizo saber en un discurso público no autorizado. Sus opiniones no eran desconocidas para el gobierno, pero no por ello el mencionado discurso dejó de constituir una insubordinación, como también lo fué el hecho de que, citado por el Premier Laniel, el mariscal no concurriera a dar explicaciones.

El Consejo de la NATO amonestó, por su parte, a Juin y dió seguridades de que al renunciar éste su reemplazante también sería un militar francés, con lo cual dejó abierto al mariscal el camino de la dimisión.

Pero Juin ha encontrado en Francia defensores de toda suerte. Los ministros Plevén y Laniel fueron vejados por la muchedumbre

parisiense a raíz de la destitución y el general De Gaulle, por su parte, declaró en una entrevista de prensa que, a su juicio, Juin había "reaccionado en términos perfectamente apropiados". Si el tratado fuese aprobado —dijo el general— Francia quedaría privada de su propia determinación por cincuenta años y, sin duda, para siempre. El tratado privaría a Francia de su ejército, la aislaría de sus territorios de ultramar y le impediría todo acceso al campo de las armas atómicas. Correspondería al Alto Mando norteamericano decidir en qué forma habría de ser defendida Francia o aún determinar si sería preciso o no defenderla".

Tal es, sin duda, la reacción natural del nacionalismo francés ante la proposición de que el país abdique de su plena soberanía en asuntos militares. Pero es también evidente que Francia por sí sola no puede proveer adecuadamente a su defensa y necesita, por tanto, pactar con otras naciones. Mas éstas también necesitan del concurso francés. Por eso a De Gaulle no le intimidan las que llamó "amenazas" del Secretario de Estado Mr. Dulles. —"El argumento de Mr. Dulles no nos convence. No es fácil prescindir de Francia, que es la cabecera de puente en Europa, o de la Unión Francesa, que es actualmente la única nación que lucha en Asia..." "No puede ser cuestión de que los Estados Unidos rompa seriamente sus relaciones con Francia, pues ello sería fatal para ambas partes".

Entre tanto, el asunto de la ratificación del tratado de la C. E. D. y el rearme alemán se mantiene en un crítico suspenso. El 24 de marzo, los Altos Comisionados aliados en Alemania declararon que mientras ese tratado no entrara en vigencia no era admisible la reforma del artículo 73 de la Constitución Política alemana, por la cual se trataba de autorizar el rearme inmediato de este país. De este modo, los ingleses y norteamericanos aceptaron las protestas francesas, por el momento al menos.

Dos días después, el 26 de marzo, el Delegado inglés ante el Consejo de la NATO ofreció la colaboración limitada de su país en el sistema de la C. E. D., quedando siempre la Gran Bretaña al margen del pacto pero obligándose a no retirar sin consentimiento de la Comunidad Defensiva Europea las cuatro divisiones en pie de guerra que actualmente mantiene en el continente europeo. ¿Sería estimada suficiente esta garantía por los franceses?

Los italianos, por su parte, han reiniciado la discusión del tratado. El gobierno de De Gasperi había presentado el proyecto al Parlamento, pero éste cesó en sus funciones poco después. Ahora



el Primer Ministro Scelba, cumpliendo su compromiso, presentó nuevamente el proyecto a la Cámara, el 2 de abril. Pero de aquí a que la Comisión de Relaciones Exteriores informe y se superen las dilaciones opuestas por comunistas y socialistas de Nenni, vendrán las vacaciones de verano del Parlamento y así los debates seguirán todavía en septiembre.

En Francia, si bien el gobierno de Laniel ha declarado que no presentará el proyecto al debate del Parlamento mientras no se cumplan las condiciones puestas por Francia para su ratificación, tendrá que haber antes una decisión. El gobierno está colocado entre el compromiso de no iniciar nada por lo menos hasta después de la reunión de Ginebra, el 26 de abril, y el ultimátum del M. R. P. que amenaza retirar sus ocho ministros del Gabinete si antes del 25 de mayo no se inicia el proceso parlamentario de la ratificación. Y entre tanto están siempre pendientes los problemas de las garantías ante el rearme alemán y la solución del problema del Sarre, que el gobierno de Adenauer —y ningún otro en Alemania— no quiere ver separarse definitivamente de la comunidad

política alemana ni sujeto a alguna forma de "europeización" que, en el fondo, signifique eso.

En estas circunstancias, a primera vista, la sorprendente proposición soviética pidiendo la entrada de la URSS a la NATO y la incorporación de los Estados Unidos al sistema de seguridad europea propuesto por los rusos, viene a ser un elemento más de confusión para los desorientados europeos.

En la conferencia de Berlín, Molotov había propuesto que la NATO se disolviera y fuese reemplazada por un pacto de seguridad de 32 naciones europeas, quedando excluidos de él los Estados Unidos y China, que serían observadores. Desechada esa proposición, los rusos hacen ahora esta otra, que el gobierno de Washington se ha apresurado ya a rechazar también, considerando que el Kremlin mantiene sojuzgadas a varias naciones europeas y que, por el pacto propuesto, en contrapartida, las fuerzas norteamericanas deberían ser prácticamente retiradas de Europa. No hay esperanzas, pues, de que por este lado se logre un avance en la distensión internacional. Por el momento sólo hay dos posibilidades inmediatas: la reunión de Ginebra y la Comisión de Desarme de las Naciones Unidas.



POLITICA Y VERDAD

Por JAIME CASTILLO VELASCO

Las presentes notas tienden a sugerir los términos en que se plantea hoy un problema ante el cual debemos decidirnos casi cotidianamente. Podríamos sintetizarlo en la siguiente forma: ¿puede la verdad ser o llegar a ser reaccionaria? Como se podrá advertir, las cosas implicadas en esta cuestión no son simples. Ellas, en efecto, se vinculan de manera acaso imprevista con las bases fundamentales de la filosofía a que cada uno adhiere. Justamente, lo que interesa es mostrar cómo muchas actitudes, relacionadas con el problema, son expresión de posiciones espirituales muy diferentes de las que sus sostenedores dicen abrazar.

La mentira ha tenido siempre una gran importancia en la vida de los hombres. Sería necio afirmar que sólo en nuestro tiempo ella se exterioriza de un modo abrumador. Sin embargo, pudiera decirse que ahora el hombre común tiene menos recursos para escapar a ella. Bajo las condiciones del régimen capitalista, se produce ya con frecuencia un falseamiento de la verdad. Digamos de paso que la inversión de los valores morales es, en este sentido, una de esas cosas a las cuales no se ha dedicado quizás la atención suficiente. De todos modos, la sociedad capitalista coacciona sólo de manera indirecta. Ella es un todo multilateral por esencia. Cualquiera que sea la influencia de los medios privilegiados y la psicología o la moral que los acompañan, siempre existe un cierto margen amplio de choques, reacciones y luchas. Esto es consubstancial a la estructura misma del sistema. No sería régimen capitalista, —esto es, propiedad privada y libre iniciativa ilimitadas si tal cosa no sucediese. De allí que las posibilidades de expresión, el descubrimiento de los hechos, la crítica y la sanción están al alcance de la mayoría, aún cuando sea de un modo parcial. Bajo régimen totalitario, cualquiera que sea su inspiración, las cosas toman otro cariz. La relación entre el Estado y los poderes económicos, antes mediatizada por un aparato jurídico de tendencia neutra, ahora se convierte en identificación expresa y total. La suerte del Estado queda ligada estrechamente a su propaganda. Esta necesita crear un ambiente de intensa concentración afectiva. El Gobierno se apoya en la idea del prestigio. De allí la idolatría de los jefes y la tendencia a separar rígidamente el mal y el bien. El Gobierno

totalitario se hace infalible. Sus adversarios no pueden sino aparecer como situados en el polo de la ignominia absoluta. Es verdad que esto ocurre también cuando un gran Estado democrático se convierte en un mundo por sí mismo. Pero, repetimos, la posibilidad de la mentira impuesta oficialmente está mucho menos extendida en un país libre, aún cuando dominen allí intereses reaccionarios. Para citar tan sólo un ejemplo, digamos que la lucha por salvar la vida de los Rosenberg no habría podido llevarse a cabo en la URSS. En cambio, la muerte secreta de Beria sería un hecho inaudito, no ya en Francia o Inglaterra, sino también en Estados Unidos.

Ahora bien, las exigencias internas de este tipo de propaganda a escala mundial, plantean a los hombres problemas en que la verdad y la mentira son indiscernibles. De tanto discutir sobre los hechos, el lector de diarios o revistas llega a carecer de toda opinión. Más aún, se hace indiferente o permeable a todo. Los hechos concretos se pierden. Ellos aparecen bajo la forma de "propaganda". Una buena parte de la gente razona de un modo puramente negativo ante esto. Cada cosa que se diga es puesta en el casillero de lo sospechoso. Ninguna afirmación desfavorable a la URSS deja de quedar dentro del marco de la "propaganda yankee". Ningún hecho favorable a la URSS o perjudicial a Estados Unidos puede tener otra cara que "propaganda comunista". En este mar de sospechas y dudas, la verdad lleva la peor parte. Bastará, en efecto, que un grupo organizado y con recursos oficiales empiece a difundir un acontecimiento cualquiera para que de inmediato aparezca como posible. La mentalidad de los hombres, acostumbrados ya a todo y dispuestos a tener por verdadero lo que vaya en favor de algo o en contra de alguien, convierte la tesis en un asunto por lo menos susceptible de controversias y con ello sólo los fraguadores de la mentira consiguen más de la mitad de lo que desean.

En este punto, las cosas suelen ser cómicas. El público aleccionado se constituye poco a poco en un rebaño en todo el sentido de la palabra. Si un Gobierno se halla interesado en difundir una mentira determinada, su gente responde en la forma, la medida y la oportunidad que aquel necesita. Cambian las circunstancias, el Gobierno pierde interés en la imputación y he aquí que su público

olvida para siempre el problema. ¿No hemos visto acaso que el inhumano crimen de la guerra bacteriológica ha desaparecido de la circulación por el sólo hecho de que los Gobiernos comunistas tenían necesidad de callar sus acusaciones mientras se tramitaba el armisticio en Corea? Ahora los acusadores se ocupan de otras cosas y no hay un ex indignado defensor de los derechos humanos que mueva un dedo para establecer de modo irredargüible si tal acusación era válida o no.

En este punto surge el problema a que aquí apuntamos. Podría decirse que una buena parte de los hombres de nuestro tiempo han dejado de pensar en términos de verdad o falsedad. Solo le interesa la defensa de un conjunto de ideas o posiciones. ¿Cuántos son hoy los que se ocupan de estudiar por sí mismos la acusación lanzada contra la URSS de sostener un régimen concentracionario? Muy pocos. La mayoría acepta o rechaza el hecho por una especie de mecánica mental. Las inclinaciones políticas llevan a admitir a priori una de las dos tesis posibles. En cada caso, se argumentará del modo más infantil, pero no se mostrará interés por averiguar las cosas ni deducir conclusiones. Sin embargo, parece lógico proceder de otro modo. Si una acusación semejante es verdadera, todo nuestro cuadro mental sobre el problema soviético debería ser sometido a una nueva reflexión. Al fin y al cabo, cualquier perspectiva política estaría dominada por el hecho de que dicho país amenazara al mundo con el sistema concentracionario. Mas, si el cargo fuese infundado, ¿cómo conducirnos ante los que lo fraguaron? ¿Cómo permanecer impasibles ante el hecho de que sean ellos quienes dominan la mayor parte de las organizaciones políticas, espirituales, económicas en nuestros países?

La gravedad de esta argumentación no pesa mayormente en el ánimo de aquellos a que nos referimos. Han perdido la costumbre de mirar la política desde un punto de vista intrínseco y prefieren referirse a la línea general de su pensamiento. No hace falta, en verdad, que un simpatizante totalitario ejecute una contorsión espiritual muy grave para permanecer insensible ante la más fundada acusación sobre crímenes cometidos por el régimen de que es partidario. Hay, al respecto, toda una dialéctica de fuga lista para ser puesta en acción en cada oportunidad. Del mismo modo, no es preciso suponer que un simpatizante derechista deberá violentar mucho su conciencia para creer que los ciudadanos de un país comunista viven aterro-

rizados. Todo el mecanismo de su espíritu está ya dispuesto a recibir tales opiniones.

Así pues, los bandos se encierra dentro de sí mismos. Desde ese instante, la lucha por la verdad carece de sentido. La lógica de la victoria inmediata es la única capaz de orientar los espíritus. Todo análisis independiente parece llevar por sí mismo a un debilitamiento. ¿Es acaso una concepción distinta la que se halla en la base del anti-comunismo de tendencia reaccionaria? Sabemos que el razonamiento, en este caso, se limita a utilizar un principio simple: el comunismo debe ser combatido; por tanto, toda concesión es debilidad. Aceptar un hecho que favorece a los comunistas, paliar una crítica injusta, establecer una verdad determinada son actos que muestran debilidad. Y esta forma de "debilidad" se encuentra absolutamente excluida.

Esta situación se reproduce siempre. Los totalitarios en general y los comunistas en particular, son los que con mayor dogmatismo usan esta lógica monolítica tan opuesta al más elemental sentido humano de las cosas. Para ellos, se trata sólo de salvar las apariencias de la verdad, pero no la verdad misma. Agreguemos aún que esta forma de reacción intelectual es característica también, y por desgracia, de algunos sectores cristianos. Dominados por una concepción intolerante del Cristianismo, no tienen más arma que el endurecimiento en el error. Y por cierto no llegan jamás a advertir que con frecuencia la verdad se impone al fin y toma a veces revanchas imprevisibles.

Si se trata de juzgar acontecimientos políticos, la cuestión es clara. En nuestros días, el problema viene planteándose de una manera insistente como consecuencia de las polémicas entre revolucionarios. Los acontecimientos han sido terribles, a lo largo de la etapa que va de 1920 a 1950, para aquellos hombres que vivieron la ilusión revolucionaria. Una gran parte de ellos ha sido puesta en la necesidad de plantear de nuevo todos los problemas. Sería en verdad gigantescamente falso decir que la humanidad ha empezado a caminar por una vía nueva. Lo característico de la visión revolucionario es que desde el momento del triunfo, el sentido y las formas de la vida cambian. Se trata de una imagen maravillosa que se realiza y que traza su ruta de un modo definitivo. Porque este triunfo de la humanidad sobre sí misma es irreversible. He aquí sin embargo que nada de ello ha sucedido. Por el contrario, estamos en presencia de una revolución con minúscula que se devora a sí

misma como todas las otras, que desilusiona y corrompe como todas las otras, que delinque y abusa como todas las otras. En cambio, la Revolución (esta vez con mayúscula) queda sólo para las disertaciones académicas de intelectuales deseosos de escapar a la próxima purga. Pero, ningún militante o dirigente, cuando piensa en la revolución, tiene en la cabeza otra cosa que una larga serie de componendas estratégicas destinadas a obtener que el Ejército Rojo encuentre el día de la liberación "un número suficiente de "quintas columnas". Porque, para ellos, la "situación revolucionaria" es más que otra cosa una conquista militar.

Pero, en este nuevo e imprevisible terreno moral, las decisiones no pueden ser fáciles. ¿Cuál es el dilema en que se mueven estos hombres? Resumámoslo del modo siguiente: o mantenerse en las filas de la organización, a sabiendas de que ella impone la renuncia de los principios, o conservar éstos y denunciar la traición. En el primer caso, se capitula ante las apariencias; en el segundo, se pierde el contacto con aquello a lo cual se entregó la vida entera.

No hay duda de que el mismo problema se manifiesta también fuera de los círculos de ex revolucionarios ortodoxos u heterodoxos. En verdad, es una cuestión también para todos nosotros. ¿Deben denunciarse los errores y los delitos de los movimientos que han conseguido poner en marcha al pueblo? ¿Vale la pena, en este caso, poner al desnudo las deficiencias humanas de los regímenes, sus injusticias, aun sus crímenes? ¿Podría, por el contrario, afirmarse que tales denuncias sólo sirven a las fuerzas retardatarias? ¿O es que la única vía posible para una evolución favorable es la pura y simple afirmación de la verdad, en cada caso y en todas las circunstancias?

Las dos tesis son susceptibles de enunciarse del modo siguiente:

La primera estima que todo gran cambio social entraña el uso de la fuerza y la existencia de injusticias. Sin tales defectos, sería imposible alterar realmente las cosas. De todos modos, la revolución trabaja para el bien de la humanidad entera. Cabe, por tanto, esperar que ellos sean poco a poco eliminados. De aquí se desprende que la insistencia en poner de relieve los defectos del proceso revolucionario implica favorecer la vuelta a sistemas sociales ya superados.

La segunda, en cambio, sostiene que el crimen, la corrupción, la mentira no podrán llevar a cabo jamás una obra verdaderamente humana. Ninguna

construcción económica reemplazará por sí misma las fallas morales de una sociedad. El crimen debe ser denunciado, porque de él no surgirá un orden nuevo. De allí que se imponga como una necesidad sin contrapeso la afirmación de la verdad de los hechos, aún cuando un poder establecido, con pretensiones revolucionarias, se vea debilitado.

Según nuestro modo de pensar, esta última tesis es la única valedera. Más aún: sólo ella responde a las exigencias del humanismo cristiano. Para oponerse a sus conclusiones, es preciso adoptar puntos de vista propios de otras filosofías y será necesario interpretar éstas últimas, no por su lado capaz de conducir al humanismo, sino precisamente por un camino que hace imposible llegar hasta allí.

Veamos antes que nada los argumentos con los cuales se pretende justificar la primera de estas tesis.

1.—Suele afirmarse: el deseo de averiguar la verdad, en cada caso, es ciertamente plausible; pero, el juicio mediante el cual se establece si un hecho es o no conforme a la realidad, presenta un carácter subjetivo. Supone, en efecto, una selección de problemas, ya que sería imposible dedicarse a todos los acontecimientos dignos de ser juzgados. Esta selección implica ya partidismo. De todos modos, la complejidad de los problemas permite obtener sólo verdades parciales. Se concluye que es preciso atenerse a la significación social de los hechos.

El razonamiento posee cierta base. Ningún hombre se haya capacitado para agotar todos los asuntos sobre los cuales se pronuncia. Asimismo, es difícil que su preocupación por uno de ellos deje de proyectarlo de un modo determinado ante situaciones ligadas con la anterior. Si alguien critica los métodos judiciales de la URSS queda, bajo cierto ángulo, colocado contra los ensayos de colectivización agraria. Si otro ataca los campos de concentración nazis se pone también frente al esfuerzo de dinamizar a la nación que Hitler alcanzó a realizar de un modo notable.

De todos modos, no parecerá necesario gastar muchas palabras para negarse a admitir tal argumentación. Los hechos pueden ser jerarquizados y existe un punto de vista común para apreciarlos. El régimen concentracionario, por ejemplo, es un crimen contra la humanidad cualquiera que sea el Gobierno que lo instala. No puede oponerse a una acusación semejante el hecho de que, en todos los países, las condiciones penitenciarias dejan que de-sear. Lo mismo ocurre con los procesos judiciales fraudulentos: ellos están a otro nivel que las in-

justicias corriente en todos los Tribunales del mundo. Por lo demás, las posibilidades de investigación suelen permitir, con frecuencia, que ciertos hechos sean totalmente esclarecidos. Cuando así ocurre, no parece serio refugiarse en una vaga generalización sobre la dificultad de ser imparcial.

Mas, no es esto lo importante. A nuestro juicio, la tendencia señalada tiene simplemente por base una politización intolerable de la verdad. Significa que toda la actividad espiritual y las inquietudes humanas han de enmarcarse dentro de exigencias políticas inmediatas. No hay un pensamiento que planea sobre la lucha cotidiana. No hay un margen de independencia para el hombre. El hombre es el militante. El militante se halla sometido a una disciplina rigurosa. No puede permitirse el lujo de investigar una "verdad" que no haya sido dictada o que no sirva a la causa. Esta causa, a su vez, no está considerada en una amplia perspectiva según la cual los jefes están sujetos al error; sino, por el contrario, en la perspectiva del fanatismo y del monolitismo. El militante representa un cero ante el jefe. Su campo de acción y de pensamiento está limitado a lo que éste considere útil. En tal sentido, parece obvio que la verdad puede molestar. Porque, en fin, un pésimo concepto del progreso social y del espíritu comunitario ha introducido la idea de que la realidad no corrige a la organización, sino que ésta determina a aquella.

Se podría fácilmente encontrar los fundamentos de tal actitud en una estrecha aplicación del materialismo histórico. De la cabeza de Marx a la de Stalin, ese poderoso instrumento de investigación que es el materialismo histórico se convirtió en todo lo contrario. Allí donde el pensador alemán deseaba eliminar los "a priori", las generalizaciones, los conceptos rígidos, ese teórico sin horizontes que fué Stalin introdujo los esquemas fijos, las separaciones artificiales y tajantes. En esta forma ha sido posible dividir el mundo en bloques, apabullar a los adversarios con calificativos resonantes, destruir la más esencial fineza del espíritu. En el plano de la vida internacional, esto se traduce en la llamada mentalidad de bloques. Ella supone que toda la realidad está dada. Nada se puede cambiar. Las dos potencias mundiales que se enfrentan lo hacen como dominios absolutos. Es imposible escapar a la ley que ellas imponen. Firmar un "manifiesto por la paz", aún cuando sea por inadvertencia, es un delito para los funcionarios norteamericanos. Pedir una investigación sobre campos de concentración o declarar que un Comisario soviético no sabe nada de filosofía se convierte en "calumnias" y expone a que los camaradas empiecen

discretamente a correr la voz de que el atrevido se halla pagado por el servicio de espionaje norteamericano.

Desde nuestro punto de vista, todo esto resulta abominable. Y, por supuesto, debería serlo también la actitud política que de allí deriva. Basados en esta necesidad de atenerse a los hechos, algunos deducen también lo que ellos llaman el "realismo político". En síntesis, consistiría en tomar como única base de decisión las cosas establecidas. Si la lucha se da entre Estados Unidos y Rusia, no hay otra elección que uno u otro. El que no está conmigo, está contra mí. Aquello que perjudica al bando propio, debe ser silenciado. Actuar de otro modo, no sería "político". De esta apreciación tan subjetiva y tan estrecha ha surgido lo que los marxistas llaman la "interpretación objetiva de la historia", la cual es utilizada, por cierto, para justificar el más audaz intento de desconocer la historia real de que puedan dar cuenta los anales.

2.—Se dice también que todo enjuiciamiento científico de los hechos políticos debe ser mirado a la luz de su significación social. Sin duda, —se agrega— los cambios obedecen a la violencia. Pero, es preciso comprender que sin ella no hay cambios. Si las cosas se miran a la luz de una perspectiva adecuada, los detalles desaparecen y sólo queda el contenido social del movimiento. ¿Quién se ocupa hoy de los crímenes de la Revolución francesa? Ella fué necesaria, con todas sus violencias, para dar un paso requerido por las condiciones históricas. No se puede condenar lo que hizo. Tampoco es posible comprender a quienes se opusieron a las sanciones decretadas por los revolucionarios. Este criterio debería pues tenerse presente en todo instante. Al juzgar la etapa de transformaciones que vivimos, no es el aspecto legal o moral lo que está en primera línea. Por el contrario, todo reclamo de esta especie se halla subordinado a la significación social de los acontecimientos. ¿Cómo entonces paralizar con argucias moralistas la marcha de la Justicia cuando es un poder proletario el que la emplea?

Distingamos aquí dos problemas. Uno de ellos es el de los medios y los fines. El otro el de la concepción de la historia.

a) La tesis antes expuesta no puede ser afirmada sino por aquellos que profesan la creencia de que los fines son separables de los medios. Si entre unos y otros hay una ruptura, esto es, si fines legítimos son perseguidos con medios ilegítimos, entonces se comprende que los peores procedimientos de dominio político puedan ser usados sin que, por ello, parezca comprometido el objetivo final. De es-

te modo razonan quienes explican la dictadura como una necesidad presente de la cual saldrá de manera armoniosa la democracia integral. Y también aquellos, —como es el caso de muchos marxistas—, para lo cuales no importan la persecución, la tiranía o los fraudes, por cuanto su régimen está llevando a la práctica el socialismo. Se advierte que, en tal caso, realizar el socialismo es cosa que puede hacerse aún con métodos inhumanos. Pues bien, sobre ello las cosas están claras si nos ubicamos en el plano de una filosofía de inspiración cristiana. Para ella, los medios ilícitos degradan el fin que se persigue. No puede haber sociedad humana construída con desprecio por los valores humanos. En este sentido, los revolucionarios de todas las épocas y, hoy día los marxistas, han cometido un error visible. Ellos se obstinan en defender su propia obra y la envuelven bajo el nombre de socialismo; pero, han endurecido su conciencia hasta el punto de que ningún llamado a la bondad simplemente natural alcanza a tocarlos.

Sin embargo, parece a primera vista cierto que el éxito se realiza a través de un conjunto complejo de bien y de mal. Esto es así. Pero, hasta ahora, la historia no conoce el caso de un bien social que surge pura y simplemente como efecto del mal. En cambio, sabe de muchos otros en que, a la larga, la aceptación de un cierto número de inhumanidades, dentro de una obra de liberación, provocaron el regreso a las situaciones que se quiso extirpar. La revolución francesa es un ejemplo. Ella prometió libertad, igualdad y fraternidad. Pero, empezó por no respetar la vida humana y terminó, —cualquiera que sea el progreso verificado al mismo tiempo en diversos planos— por dar lugar a la estabilización definitiva de la sociedad capitalista, donde la fraternidad y la igualdad están excluidas por principio y donde la libertad se realiza de un modo parcial. El ejemplo de la revolución rusa no difiere de éste. Ella no tiene absolutamente ningún sentido si no da comienzo a la liberación total del hombre. Pero, después de conocido el proceso de su historia política y social, las esperanzas a este respecto han sido ya totalmente abandonadas. En otras palabras, los hombres empiezan a convencerse hoy de que el comunismo soviético no está capacitado para librarlos de la "alienación" de que hablaba Marx. Lo que les promete es más bien otra forma de conciencia alienada: esto es, una sociedad en que los hombres creen estar luchando por el socialismo, pero de hecho las formas políticas y económicas no corresponde a aquel ni sirven para pasar a una nueva etapa del desarrollo humano.

Los medios abominables degradan el fin. Los

ideales defendidas en el cielo de lo abstracto, pero sin relación con el hombre concreto —y con todos los hombres concretos— se transforman en ideología "misticadora". Quizás la diferencia entre el sentido de una verdadera sociedad cristiana y cualquiera otra está en que aquella sería ampliamente comprensiva para esta cuestión.

b) La tesis a que nos referimos no puede tampoco ser afirmada sino por aquellos que parten de una concepción de la historia de tipo puramente materialista. En efecto, es preciso suponer que los factores históricos reales son sólo de orden social y no personal, para creer que las consideraciones relativas a la constitución de un nuevo orden económico son las únicas valederas. Si ello fuera así, no hay duda de que la comisión de crímenes contra la humanidad podría pasar desapercibida. Pero, si, por el contrario, estamos convencidos de que todos los factores personales, sociales, ideológicos, morales y económicos forman un complejo de mutua influencia, no basta referirse a las estructuras económicas o a la potencia material para afirmar que un progreso se está realizando. En verdad, ni siquiera los teóricos marxistas profesan, cuando son serios, tales simplificaciones. Ellos entienden también que el humanismo rige para todos y cuando son comunistas se apresuran a sostener que en sus países toda forma de violencia injusta ha sido extirpada. Por eso niegan también obstinadamente los cargos sobre dictadura y crueldad como infamias de sus enemigos. Pero, esta es una razón más para afirmar que, en cada caso, la investigación se impone y la verdad debe ser establecida. Si ella perjudica a los partidos revolucionarios, quiere decir que éstos deben tomar medidas para que tales hechos no vuelvan a producirse y que, desde el momento en que se niegan a asegurar un desenvolvimiento natural, están colocándose por ello en una postura reaccionaria.

De todos modos y para los efectos de una discusión como la que aquí intentamos, la necesidad que todas las revoluciones tienen de negar su carácter arbitrario y despótico viene a ser una prueba, a nuestro juicio, abrumadora en favor de nuestra tesis. Ante tal actitud, nadie ya —salvo que predique directamente la tiranía— puede utilizar argumentos académicos para probar que el establecimiento concreto de la verdad puede asumir un carácter reaccionario.

Ninguna insistencia sobre tales materias —ahora que el mundo más que otras veces está sometido al sectarismo de izquierda y de derecha, a la mentalidad de bloque y de mentira— nos parece poca cuando de tales materias se trata.

EL ESTADO, LA TOLERANCIA RELIGIOSA Y PIO XII

Por Luis Young Reyes

El año pasado, en esta misma revista, (1) escribimos un artículo que titulamos "Por un Estado vitalmente cristiano" y pretendíamos dejar en claro en él que, frente al mundo moderno, desgraciadamente dividido en las concepciones religiosas y espirituales, estimábamos mucho más eficaz, mucho más conforme al bien común, que el Estado, sin ser neutro en materia de doctrina y de moral, y por el contrario, inspirándose en la doctrina y en la moral católicas, tratara de realizar un orden político, social y económico auténticamente cristiano, junto con tolerar la libertad de cultos y sin darle en el papel a la Iglesia el carácter de Iglesia Oficial. Reconocíamos, en dicho artículo, que la Iglesia, para pensar en la forma expuesta, nos mostraba el camino práctico y declarábamos asimismo que nos sometíamos totalmente a sus enseñanzas, reconociendo desde el primer momento que la tesis, en toda su fuerza, de que el hombre como el Estado tienen el deber de reconocer públicamente al Dios verdadero la aceptábamos en todas sus partes, pero que en la aplicación concreta creíamos que las circunstancias actuales de la casi totalidad de los países del orbe, determinaba una aplicación analógica de los mismos principios, enunciada en la fórmula dada al comienzo. Dejábamos en claro, por último, que la distinción de lo que es del César y de lo que es de Dios fué precisamente el cristianismo el que la trajo al mundo y que en todo el vigor de la tesis del reconocimiento público por el Estado del Dios verdadero, la misma Iglesia tenía como límpida trayectoria el repudio de las tiranías y de toda medida coercitiva que obligara a gente no creyente a abrazar la fe católica contra su voluntad.

He creído necesario recordar los principios anteriores al abordar hoy el tema que anuncia el título de este artículo y que se funda en un trascendental discurso pronunciado por Su Santidad en diciembre del año pasado, ante la Unión de Juristas italianos, en que da directivas claras y precisas a los hombres políticos cristianos. (2)

El 6 de diciembre de 1953 se reunían en Roma, en su quinta asamblea nacional, los miembros de

la Unión de Juristas católicos italianos para tratar el tema "Nación y comunidad internacional". Antes de iniciar sus labores fueron recibidos por Pío XII y el Sumo Pontífice se dirigió a ellos, destacando que aunque el Congreso en referencia tenía un carácter nacional, la naturaleza del tema demostraba que se refería a las relaciones entre los diversos pueblos y los Estados soberanos. De aquí la importancia de las conclusiones del Sumo Pontífice y al mismo tiempo, el valor general de ellas.

Comienza Su Santidad dando testimonio de que la frecuencia de las relaciones entre individuos de pueblos distintos y entre ellos mismos, prueban que existe un movimiento mundial de acercamiento entre los pueblos que debe ser favorecido y fomentado. Señala igualmente que este movimiento tiende desde ya en la práctica, o por lo menos como un objetivo por alcanzar, a la formación de comunidades de Estados y de pueblos. En la actualidad esta tendencia, —expresará—, tiende a PREVENIR conflictos, a asegurar la paz y aún el progreso técnico ha servido para despertar la fe, "latente en el espíritu y en el corazón de los individuos, en una comunidad superior de hombres, querida por el Creador y que tiene su raíz en la unidad de su origen, de su naturaleza y de su fin". Conclusión de todo esto es que la naturaleza misma, y en última instancia el mismo Creador, señalan como norma última y única el camino que lleva hasta la comunidad de los Estados. No se trata de que desaparezca la "soberanía" de los Estados, considerando como tal la competencia exclusiva y la autarquía para resolver, dentro de las normas de derecho internacional, en relación con las cosas que le corresponden y en el espacio, sin sujeción a las normas de cualquier otro Estado. Se trata de aclarar que esta "soberanía" no puede ser ilimitada y que ningún Estado podrá quejarse de ver que se le señalaran límites y que se le negara la facultad de obrar como quiera y sin tener en cuenta la facultad de los demás Estados. La soberanía, dirá el Pontífice, "no es la divinización o la omnipotencia del Estado, como en el sentido de Hegel o a la manera de un positivismo jurídico absoluto". Considerados los diversos aspectos del mundo de hoy, y las particularidades de cada pueblo, Pío XII va a sostener el siguiente principio frente a la tendencia que se advierte de formar

(1) "Política y Espíritu", N° 102, 15 de Octubre de 1953.

(2) Este discurso de S.S. Pío XII se publicó íntegramente en el N° 110 de "Política y Espíritu".

una comunidad de Estados: "En los límites de lo que es posible y permitido, (hay que) promover lo que facilita y hace más eficaz la unión; (hay que) levantar defensas contra lo que la impide; soportar a veces lo que no se puede superar y, por este motivo, además, no se podría dejar que zozobre la comunidad de los pueblos a causa del bien superior que se espera de ella".

Ante el pensamiento del Santo Padre está claro, pues, que los pueblos y los Estados, cada vez más tienden a acercarse, a comprenderse, a unirse; que hay una tendencia clara que lleva a la formación de una comunidad de pueblos, con finalidades, por parte de los ciudadanos más preclaros y como anhelo de los pueblos, de prevenir conflictos y de llegar a la consecución del bien común. Frente a esto la Iglesia, por medio de su Jefe Máximo, se define: está por la unión; la aconseja y exhorta a todos a luchar por ella, "dentro de los límites de lo que es posible y permitido". La dificultad residirá en la aplicación de los principios y refiriéndose a esta aplicación, planteará los puntos de vista católicos frente a la convivencia de las comunidades católicas con los no-católicos; la tolerancia del error, por parte del Estado, por consideraciones de un bien superior; la forma cómo la misma Iglesia practica esta tolerancia y, por último, la aplicación de estos principios a través de los concordatos. Analizaremos separadamente cada uno de estos aspectos.

I.—LA CONVIVENCIA DE LAS COMUNIDADES CATÓLICAS CON LOS NO-CATÓLICOS

El Pontífice reinante comprende que la sola enunciación de la posibilidad de una comunidad de diversos pueblos, obliga a encarar el problema de la convivencia de las comunidades católicas con los no-católicos, considerando dentro de éstos, no sólo a los cristianos separados de Roma, sino incluso a los indiferentes, hasta a los que se declaran ateos. Dirá el Pontífice: "Según las probabilidades y las circunstancias, este reglamento de derecho positivo se enunciará así: en el interior de su territorio y para sus ciudadanos, cada Estado reglamentará los asuntos religiosos y morales según su propia ley; sin embargo, en todo el territorio de la Confederación, se permitirá a los súbditos de cada Estado-miembro el ejercicio de sus propias creencias y prácticas religiosas y morales, en cuanto no contravengan las leyes penales del Estado donde residan". Y se preguntará más adelante Pío XII: "Para el jurista, el hombre político

y el Estado católico se planteará aquí la cuestión: ¿Pueden consentir en una reglamentación tal, cuando se trata de entrar en la comunidad de los pueblos y de permanecer en ella?". Y responde señalando que sobre los intereses religiosos y morales surge una doble cuestión: "la primera concierne a la verdad objetiva y a los deberes de la conciencia para con lo que es objetivamente verdadero y bueno; la segunda, encara el comportamiento efectivo de la comunidad de los pueblos frente a cada Estado soberano y de éste frente a la comunidad de los pueblos en los asuntos de religión y de moralidad". Sobre lo primero reconoce que puede ser difícilmente objeto de discusión y de un reglamento entre los Estados y su propia comunidad, especialmente si hay pluralidad de confesiones religiosas en la misma comunidad. Pero en cuanto a la segunda cuestión expresa textualmente: "puede ser, por el contrario, de urgencia y de importancia extremas". Y en previsión de este aspecto, señala los principios de la tolerancia del error, en el Estado, por consideraciones de un bien superior.

II.—LA TOLERANCIA DEL ERROR, EN EL ESTADO, POR CONSIDERACIONES DE UN BIEN SUPERIOR.

Pío XII plantea los siguientes principios:

A) No existe autoridad humana, ni Estado, ni comunidad de Estados que pueda dar un mandato positivo o una autorización positiva para enseñar o hacer lo que fuera contrario a la verdad religiosa o el bien moral. Un mandato semejante no tendría valor alguno ni sería por lo tanto obligatorio. Es contra natura obligar al hombre al error o al mal o considerar a uno u otro como indiferentes. El mismo Dios no podría dar un mandato semejante, pues lo pondría en contradicción consigo mismo.

B) La afirmación de que "el error religioso y moral debe ser SIEMPRE impedido cuando es posible, porque su tolerancia es en sí misma inmoral", NO PUEDE VALER EN UN SENTIDO ABSOLUTO E INCONDICIONADO.

C) Se pregunta el Pontífice: ¿Puede ocurrir que, EN CIRCUNSTANCIAS DETERMINADAS, (Dios) no dé la orden, no imponga ningún deber, no dé siquiera ningún derecho para reprimir lo que es falso y erróneo?". Y responde textualmente: "Una mirada sobre la realidad autoriza para una respuesta afirmativa. Ella muestra que el error y el pecado se encuentran en el mundo en amplia me-

dida. Dios los reprueba; sin embargo, les permite que existan".

D) A la autoridad humana Dios no ha dado en el dominio de la fe ni en el de moral, el precepto absoluto y universal de que el error religioso y moral debe ser siempre impedido cuando es posible, por ser su tolerancia inmoral. Tal precepto, expresa el Papa, no se encuentra "ni en la convicción común de los hombres, ni en la conciencia cristiana, ni en las fuentes de la revelación, ni en la práctica de la Iglesia".

E) "El deber de reprimir las desviaciones morales y religiosas no puede en consecuencia ser una norma última de acción. Debe ser subordinado a normas MAS ALTAS Y MAS GENERALES QUE, EN CIERTAS CIRCUNSTANCIAS, permiten y aún hacen aparecer como el mejor partido el de no impedir el error para promover UN BIEN MAS GRANDE".

F) En resumen: "lo que no responde a la verdad y a la ley moral no tiene ningún derecho a la existencia, ni a la propaganda, ni a la acción"; sin embargo, "el hecho de no impedirlo por medio de leyes de Estado y de disposiciones coercitivas puede, sin embargo, justificarse en interés de un bien superior y más vasto".

G) Sobre lo que el Pontífice llama "la cuestión de hecho", o sea, si esta condición se verifica en el caso concreto, "corresponde ante todo al jurista católico decidir". Deberá evaluar las condiciones dañinas de la tolerancia, con las condiciones que serán evitadas por medio de ella y el bien positivo que se obtendrá con ella. Y, por último, en cuanto a lo religioso y moral consultará el juicio de la Iglesia. En última instancia el único competente en estas materias es el mismo Papa.

La importancia básica de los puntos señalados por el Sumo Pontífice estriba en que deja en claro que la Iglesia junto con plantear su doctrina inalterable de que el error en sí mismo no puede tener derechos de ninguna clase, pues el error religioso o moral es UN MAL, también sienta el principio de que Dios no ha dado al Estado o a la autoridad humana el precepto absoluto y universal de que todo error religioso o moral debe ser impedido cuando es posible, por ser su tolerancia inmoral y agregará que, EN CIERTAS CIRCUNSTANCIAS, el mejor partido es no impedir el error para obtener UN BIEN MAS GRANDE. Y habrá expresado antes textualmente: "UNA MIRADA SOBRE LA REALIDAD AUTORIZA UNA RESPUESTA AFIRMATIVA". Para ciertos detractores de lo que se ha sostenido en muchas ocasiones en esta re-

visia quedará, esperamos, en claro, que no se aparta de la posición católica quien, en conformidad a las mismas enseñanzas del actual Pontífice, estima que el mejor partido hoy es el de la tolerancia práctica, con la mira precisa de darse a fondo para aplicar las enseñanzas cristianas-sociales y convertirlas en realidad.

III.—LA IGLESIA Y LA TOLERANCIA

El Pontífice precisa los puntos siguientes:

A) La institución de una comunidad de pueblos es un movimiento de "abajo hacia arriba", de una pluralidad se tiende a la más alta unidad.

B) La Iglesia tiene una misión universal semejante, pero el camino es inverso, o sea, su camino es de "arriba hacia abajo". Cristo la fundó y debe actuar a través de todos los pueblos, de razas, culturas, confesiones religiosas y filosofías distintas. Pueblos que le son fieles y otros que se han separado de ella. Pueblos que nunca la han conocido, pueblos libres y pueblos esclavos. Frente a todos su misión es única y no puede separarse de ella: tiene el deber de enseñar y de predicar la verdad, sin cambiar un ápice de ella y esta obligación tiene que cumplirla entre hombres y comunidades que piensan de manera totalmente diferente. Su meta es llevar a todos los hombres a la unidad de la verdad.

C) Frente al error religioso o moral no podrá jamás aceptar transacción, pacto, ni vacilación, ni en la teoría ni en la práctica. Entre el incienso a los ídolos y el martirio, no hay posibilidad de elección.

D) En cuanto a la tolerancia, en circunstancias determinadas, aún en casos en que se podría proceder a la represión, la Iglesia, manifiesta textualmente Pío XII, "habida consideración a los que con buena conciencia (aún errónea, pero incorregible), son de opinión diferente, se ha visto incitada a obrar y ha obrado según esta tolerancia después que bajo Constantino el Grande y los otros emperadores cristianos, se convirtió en Iglesia de Estado, pero fué siempre por motivos más elevados y más importantes; así actúa ella hoy y lo hará en el porvenir, si se encuentra ante la misma necesidad".

E) En todos estos casos particulares la actitud de la Iglesia se determina por el BIEN COMUN: el de la Iglesia y del Estado en cada uno de los Estados por una parte, y por la otra, el BIEN COMUN de la Iglesia Universal, del reino de Dios en todo el mundo.

F) En cuanto a la CUESTION DE HECHO, la Igle-

sia no observa otras normas que las indicadas en el párrafo anterior para el jurista católico.

IV.—APLICACION DE LO EXPUESTO A LOS CONCORDATOS

A) Los concordatos son para la Iglesia una expresión de la colaboración de la Iglesia y del Estado.

B) En principio, o en tesis, no puede aprobar la separación total de ambos poderes.

C) Los concordatos deben, pues, asegurar a la Iglesia una condición estable de derecho y de hecho en el Estado con el cual se celebran y la garantía de la plena independencia de ella en la realización de su misión divina.

D) Es posible que la Iglesia y el Estado proclamen en el Concordato su común convicción religiosa, pero "puede ocurrir también que el concordato tenga, al mismo tiempo que otros objetivos, el de prevenir discusiones alrededor de cuestiones de principios y apartar desde el comienzo, posibles materias de conflictos".

E) Los concordatos pueden representar una aprobación expresa, o bien, una simple tolerancia, según los principios que fijan la norma para la vida

común de la Iglesia y de sus fieles con las potencias y los hombres de creencias diferentes.

Hemos querido resumir, en la mejor forma posible, lo expuesto por el actual Pontífice reinante, por cuanto su opinión completa, referida a una eventualidad tan importante como la proyectada comunidad de pueblos, en la que por fuerza de las cosas deberán convivir católicos con no-católicos, incluidos ateos, determina un cuerpo de doctrina de una importancia incalculable y muestra, una vez más, la actitud amplia, generosa y noble del Jefe de la Cristiandad que, junto con velar por los derechos intangibles de la Verdad, abre sus brazos a todos los hombres, con una delicadeza exquisita que resguarda, según la tradición secular cristiana y auténticamente, la conciencia del hombre errado y su derecho, —no a sostener el error—, pero sí a no ser obligado a creer contra su voluntad, como establece el cánón 1351 del Código de Derecho Canónico.

Quien comprenda el sentido evangélico; quien quiera ver que los pontífices día a día llaman al mundo a escuchar el mensaje de Cristo, que es por encima de todo un mensaje de Amor, comprenderá lo que en solemne ocasión decía François Mauriac: "no odiarían tanto a la Iglesia todos los tiranos del mundo, si no fuera porque nos ha hecho libres para siempre".

Este

MUNDO

de hoy



¿VUELTA AL LIBERALISMO?

La prensa de derecha, especialmente "El Diario Ilustrado", ha hecho todo lo posible por presentar el caso de Alemania occidental como una prueba palpable de la superioridad de la teoría económica liberal. Una buena oportunidad para desarrollar esta tesis ha sido proporcionada por la visita del Ministro de Economía de ese país. Así, por ejemplo, se dice: "La doctrina de la libre empresa, de la independencia para la acción privada que nosotros venimos sustentando como la única capaz de producir en abundancia la riqueza para que de ella puedan gozar todos los elementos sociales, ha sido aplicada integralmente en Alemania...".

Las cosas no son tan claras cuando se toma nota de las expresiones textuales del señor Erhard y se aprecian las circunstancias concretas. Por de pronto, nadie niega que la economía alemana se apoya en la libertad, pero si se entiende bien lo que ha dicho el ilustre visitante uno advierte que

todo el ensayo se basa en "la disciplina voluntaria de las masas" y que se ha conseguida un "orden económico sano y orgánico que ha otorgado a la iniciativa individual el sitio que le corresponde, procurando también mejores sueldos y salarios". Además ha dicho: "Contrariamente a un liberalismo manchesteriano del pasado, hemos tomado las medidas necesarias para que la competencia no sea estrangulada por formación de monopolios, convenios y carteles". En cuanto a los obreros, dijo que la tendencia es concederles el derecho de co-gestión y de familiarizarlos con las dificultades de la empresa, sus esperanzas y sus preocupaciones. Y por último agregó: "La experiencia nos enseña que pueden mezclarse diferentes sistemas económicos".

Así pues, no se trata de recomendar el liberalismo como una panacea y menos llevarlo hasta sus últimas consecuencias. Podría decirse que el señor Erhard ha patrocinado un conjunto de medidas que parecieron adecuadas en el caso de Alemania —con-

sumida por un estatismo destructor— y que estuvo apoyado en la fe del pueblo. Sin eso no hay disciplina voluntaria ni esperanzas de ninguna clase. ¿Qué está primero, el factor espiritual o el factor económico? Ese es el misterio de la historia. Los gobernantes alemanes parecen haber acertado con el resorte para poner en marcha a su pueblo. Entretanto, cargar todos los méritos exclusivamente a los aspectos liberales de la política económica viene a ser un tanto extraño en boca de gente que, con bastante frecuencia, afirma que el espíritu es lo primero...

EL PRINCIPIO DEL FUHRER

La actual Administración subió al poder bajo el signo del caudillo. Una serie de fracasos políticos anteriores había ido proyectando a las masas hacia la búsqueda de un Mesías. Algo de ello existió ya en la jornada electoral de 1946. En 1952, todo el mundo se confió, en cuerpo y alma, a la persona del General Ibáñez. Quizás éste no se hallaba demasiado predispuesto a jugar ese papel. Pero, su candidatura tuvo tal carácter. El oportunismo, el servilismo y la mediocridad hicieron el resto. Se vió entonces a candidatos que apoyaban sus pretensiones electorales únicamente en que ellos eran "diputados para Ibáñez". Se pidió también "un Parlamento para Ibáñez" y se vivió pendiente de la voluntad del gobernante ya elegido. Pero, el caudillismo es contagioso. En el seno del ibañismo pululaban los candidatos a "hombres fuertes" y también había jefes políticos de cierta talla. Era fatal que, si las cosas marchaban mal, se produjese una lucha entre el Gran Caudillo y los pequeños. A las primeras de cambio, varios de éstos últimos comenzaron a ver que el nuevo orden "personalista" no garantizaba la exaltación de sus propias personas. Se pusieron en contra. Agravadas las circunstancias políticas, el Presidente —de acuerdo con una mentalidad caudillista justamente— inició la barrida de sus capitantes. Varios salieron de mala manera. Sin embargo, cada uno se hundía en una especie de rebajamiento voluntario. Era difícil saber si estaban ofendidos o humillado. Una mezcla de temor, desprecio y lealtad se producía en cada uno. La cosa ha llegado a sus extremos —si en esto hay extremos— con la renuncia del Secretario General de Gobierno, tenido como la "eminencia gris" y el único verdadero gobernante. Cae el señor Montero en circunstancias que, como casi siempre, quedan misteriosas y con él empiezan a salir las personas con las cuales tenía lazos políticos íntimos. No se trata pues de una renuncia

por motivos de dignidad (tal como él exponía) sino de problemas políticos. Y sin embargo, el señor Montero se niega a dar a conocer la carta respuesta del Presidente y dice que la guardará como "una reliquia". ¿Qué hay en todo esto? Hoy cada Ministro o funcionario vive en el aire. Sabe que puede desaparecer de un día para otro, (no físicamente, pero sí políticamente), bajo gruesos calificativos. Pero, esta inestabilidad peligrosa no provoca jamás una actitud seria, firme; al contrario, todo es escurrimiento, ausencia de línea, resignación y "aguantaderas". Aún hay casos de Ministros que pasan de pro-comunistas destacados a enemigos acérrimos del comunismo— es el caso del señor Ministro del Interior— y descubren en éste perversidades que no habían tenido tiempo de advertir jamás. ¡Todo por mantenerse fiel al principio del personalismo gubernativo! En verdad, se podría decir que no existe un vicio que corrompa de modo tan virulento la conciencia de los hombres que un aparato político apoyado sólo en la persona del jefe.

TROFIM LYSENKO EN DESGRACIA

Si se quiere un ejemplo de más bulto, he ahí al famoso y discutido sabio o práctico agrícola soviético Lyssenko. Este hombre es el culpable directo de que los problemas biológicos en la URSS pasaran a ser una materia política y pretexto para ejercitar venganzas de todo género. Lo más escogido de la ciencia soviética fué deportado, destituido o silenciado para dar paso a la teoría de Lyssenko y al equipo de matones mentales que lo seguían en su carrera. El hombre se hizo famoso. Presidió en 1948 las sesiones de la Academia Agrícola Lenin, donde la grosería intelectual y el servilismo personal pasó los límites soviéticos (y esto es ya mucho decir). Todas las revistas teóricas del Partido, en todos los países del mundo, dedicaron páginas y páginas para atacar a cualquier sabio que, en el occidente, rozara al genial Lyssenko. Se formaron grupos de estudiantes lysenkistas y hombres como Marcel Prenant y Haldame escribieron elogios obligados.

Mas ¿qué ocurre? Muere Stalin en Rusia, Sube Malenkov. Este considera necesario cambiar el "culto de los héroes" por la "dirección colectiva". Antes, en efecto, cada personaje que ascendía tomaba las hechuras de un jefe infalible... ante los inferiores. Esto sin perjuicio de que, de la noche a la mañana, cambiase de pelo absolutamente sin darse cuenta, y desapareciese, no sólo políticamente, como en Chile, sino con mucha frecuencia, fisi-

camente. Lyssenko era uno de ellos. Quizás el más notorio intelectual dirigido de los últimos años, a excepción de Ehrenburg. Era, en efecto, una muy seleccionada y muy característica creatura de Stalin.

Mas, la "dirección colectiva" está lanzada contra el ex bienamado jefe. Lyssenko se ha quedado solo ante la docilidad hecha aparato administrativo. Fatalmente ha de caer. Y, en efecto, es posible que el "héroe" de la ciencia biológica permanezca en pie ahora que hasta la memoria de Stalin está siendo enterrada poco a poco. Ya han empezado a ser destituidos todos sus ayudantes michorinistas. No hace mucho Pravda lo acusó de ejercitar su "prepotencia" en el nombramiento de un biólogo que carecía de méritos reales. Es el crepúsculo. Al caer Lyssenko cae también el ridículo sobre un enorme número de publicistas del Partido, ninguno de los cuales se atreverá decir una sola palabra. Mas, la corrupción moral llega allí hasta el punto de que más de uno se levante luego —como el lingüista francés Cohen, a propósito de Marr— para decir: "Yo había advertido ya que Lyssenko..."

Hay gente para la cual estos hechos no significan nada. Para nosotros ellos constituyen un símbolo.

TANTO VA EL CANTARO...

Pablo Neruda venía desde hace tiempo trabajando porque los sectores no comunistas dejasen de considerarlo sólo como poeta. Hubo de esforzarse bastante. Escribió poemas electorales (mostrando que su intuición política estaba muy por debajo de su intuición poética), se hizo elegir senador, apareció en todo y por todo como portaestandarte del Partido comunista. Tanto afán de reemplazar su personalidad poética por su perfil partidista ha dado resultados.

No hace mucho un escritor amigo suyo, Benjamín Subercaseaux, tuvo palabras que nadie se atrevía a decir. Por cierto, allí no se criticaba ni que Neruda fuese comunista ni que recogiese en sus poemas problemas políticos. Se censuraba, en cambio, la sujeción de su poesía a notorios intereses de baja política. En el fondo, se trataba de una simple demanda de volver a lo que le corresponde. Porque, en efecto, todo puede ser objeto de poemas. Las vidas de los hombres tienen un aspecto político y es natural que un poeta se ocupe de las grandes felicidades o de las grandes tragedias de los pueblos. Pero, no lo hace como un demagogo de asamblea. El talento consiste en hablar de lo mismo de la manera que al poeta corresponde. Neru-

da, en una buena parte de su obra como miembro del PC, se ha dedicado a rebajarse. Es eso lo que se le echa en cara con dolor y hasta sus amigos procuran salvarlo de la "militancia" corruptura.

Sus amigos sí, pero no los comunistas. Dos artículos se han escrito para "defender" a Neruda. Ambos lo hunden más.

Ambos (El Siglo, 28 de Marzo y 4 de Abril) operan del mismo modo: primero, se supone falsamente que los críticos (Subercaseaux, Alone y Dussuel) protestan porque Neruda haga poesía política; segundo, se reacciona al más bajo nivel posible y se dice que los críticos obran sólo por motivos políticos.

Volodia Teitelboim escribe: "Hay en nuestra época y en nuestra sociedad una clase de la impotencia y de la inconsecuencia, devorada por la contradicción, que vive una agonía colosal, enferma de soberbia. Es ella la que habla por boca de Benjamín Subercaseaux". Y José Miguel Varas: "Subercaseaux, Alone y Dussuel —diferentes en los matices, en el estilo, en la actitud personal—, se identifican en lo substancial. Su condenación de "Las Uvas y el Viento" es expresión de la ideología de una clase que muere". Y agrega que "la clase obrera y el pueblo, que "escribieron" en la mente de Neruda y su poema Las Uvas y el Viento, se reconocen en él, lo leen, lo toman en sus manos como un arma contra los enemigos de la vida..."

Notemos de paso que el libro citado ha sido impreso en una edición lujosísima y vale \$ 450. No hay obrero que tome en sus manos este libro. Notemos también que los mismos críticos decadentes han alabado otras veces a Neruda. ¿En ese instante su clase social se hallaba en plena gloria?

El fondo de todo, en verdad, no es otra cosa que la desconsoladora conclusión de siempre: el comunismo no se halla capacitado para comprender nada. Su única actitud es el rechazo violento, polémico y fatal de toda posibilidad de corregirse. Los artículos citados no son otra cosa que expresión de cómo lo que empieza como una revolución liberadora puede transformarse en un mundo espiritualmente muerto. Pablo Neruda no encontrará en su partido otra cosa que sepultureros.

DEMOCRACIA EN LA GUAYANA BRITANICA

Los ingleses parecen dispuestos a hacer del caso de las Guayanas un ejemplo parecido al de Indochina. Un movimiento primitivamente nacionalista y serio fué allí convertido en comunista y pro soviético. Para ello hubo necesidad de oponerse a lo que los nacionalistas indochinos pedían y mante-

nerse por medio de la fuerza aún contra la voluntad de los patriotas. Las cosas no tienen remedio hoy día. Y tampoco tendrá el caso de las Guayanas. Porque es hacerse ilusiones muy pobres si se piensa que decretando prisiones el problema será resuelto. La verdad es que los funcionarios británicos declararon que los habitantes de su colonia no sabían ejercer la democracia sólo cuando se pusieron en contra de ellos. Y esto revela que acaso es en Inglaterra donde haría falta ir a enseñar democracia.

Entretanto, los jefes de la resistencia antibritánica deben estar completamente del lado del comunismo, si es que no lo estaban antes—, y con ellos una buena parte del pueblo. Es posible, en caso de ser así que se desengañen más tarde, pero nadie les borrará nunca de la cabeza que, al luchar contra Inglaterra, luchaban por sí mismos. Con ello, el comunismo habrá obtenido un éxito al cual los reaccionarios contribuirán con la cuota a que están acostumbrados. ¿Será esto una condición sine qua non del período por el cual atravesamos? Uno se siente inclinado a pensarlo cuando observa lo que se puede observar.

NUEVO MONASTERIO BENEDICTINO

El día Sábado 20 de Marzo tuvo lugar la ceremonia de la colocación de la primera piedra del nuevo monasterio benedictino que se alzará en un hermoso cerro en el camino que va de Santiago a Las Condes.

En esa oportunidad usó de la palabra el Prior del Monasterio Benedictino de la Santísima Trinidad de Las Condes, P. Odon Haggemüller, quien pronunció el hermoso discurso que a continuación transcribimos:

“Desde siglos y milenios este cerro estaba esperando la hora de su destino, esta hora.

Nadie lo ha ocupado a través de los siglos; este cerro es Santo, porque Dios lo ha reclamado para sí.

El mismo Dios que llama a los hombres que El quiere llamar, para que consagren su vida a la vocación más grande, la de rendir al Creador el homenaje supremo de alabanza y adoración.

La casa cuya primera piedra se bendice en esta

tarde será casa de Dios, o sea, casa llena de la presencia del Dios vivo y santo, y llena de adoración.

Comprendiendo esto, ya no cabe preguntar para qué será útil el monasterio que aquí se construye.

Sin duda será útil para muchos; lo sabe la historia de la orden benedictina a través de catorce siglos.

Pero, más que útil, el monasterio es necesario, para que el mundo no se hunda otra vez en el caos del que se ha levantado por la palabra de su Creador.

Es necesario que haya monjes, esto es, hombres que vivan de la eterna nostalgia de Dios, no en sentimientos románticos, sino con el corazón sincero y grande; hombres cuya voz y vida suba al cielo cual incienso quemado sobre el altar que es Cristo, y con el fuego que es el Espíritu Santo.

Su Eminencia tendrá la bondad de bendecir la primera piedra de este monasterio, en nombre de la Santa Iglesia de Dios.

La bendición valdrá de la primera piedra hasta la última; y eso es muy necesario, porque sabemos que con esta construcción estamos en ambas manos de Dios.

Y la bendición valdrá, sobre todo, para las piedras vivas, que estamos llamados a formar el templo de Dios Vivo.

Le agradecemos muy sinceramente a Su Eminencia que se haya tomado la molestia de subir acá, tal como el Buen Pastor anda tras la oveja perdida en la montaña.

Y agradecemos a todos nuestros amigos que han venido para asistir a la ceremonia, como los padrinos asisten al bautismo, y en adelante acompañan con especial interés y responsabilidad al desarrollo del niño recién nacido.

Este niño que es el nuevo monasterio benedictino de Las Condes necesita mucha asistencia para que crezca bien.

Y tenemos necesidad de una bendición muy grande, para que sobre esta piedra se levante felizmente la construcción material, y para que, sobre la piedra que es Cristo, seamos juntamente edificados por el Espíritu Santo para ser la morada de Dios y siempre llena de su presencia”.



Los LIBROS

Esas Niñas Ugarte..., por Waldo Urzúa, Editorial Del Páccico S. A., Santiago, 1954.

En vida, Waldo Urzúa no publicó más que una novela: "Un hombre y un río", que apareció en 1942. Diez años más tarde y ocho después de la muerte del autor, se publicó por Nascimento "Don y Doña" (Ver "Política y Espíritu" N.º 76), y ahora aparece "Esas Niñas Ugarte", que es como el segundo volumen de un tríptico en que Urzúa ambicionó trazar la evolución de la sociedad chilena a través de una familia "de la clase media descendiente de agricultores" y a lo largo de los años comprendidos, a lo que parece, entre 1870 o 60 y 1920. "A lo que parece", pues la tercera parte de ese tríptico no alcanzó el autor a escri-



En "Don y Doña" quedó narrado el comienzo de la historia, y la segunda parte, contenida en "Esas niñas Ugarte..." puede leerse independientemente de ella. Aquí se narran las aventuras y desventuras de la viuda e hijos del difunto arriero y luego señor feudal de Cabimbao, don Diego Ugarte, que llegan a establecerse en Santiago y a triunfar en sociedad.

La empresa de la reconstrucción novelesca del pasado no ha tentado en general a los escritores chilenos. Hay, sí, una novela de primer orden, la mejor sin disputa de Blest Gana, en que ello se logra maravillosamente: "El loco Estero", muy superior en ese sentido a la más famosa de "Durante la Reconquista". Waldo Urzúa no resiste, por cierto, la comparación, y el interés verdadero de "Esas niñas Ugarte..." no reside en la reconstrucción del tiempo perdido alrededor de 1890". En ese sentido su novela es feble y peca de cierta simplificación casi caricaturesca. Sus aristócratas son todos orgullosos y despectivos y sus "parvenues" demasiado tales. El interés de la obra, que se hace leer con interés, reside casi enteramente en la personalidad de Carolina Ugarte, la hija mayor del viejo arriero que llega a Santiago dispuesta a abrirse camino de cualquier modo y sólo consigue provocar el escándalo y el ostracismo de su familia. Carolina ha heredado en la sangre el ímpetu conquistador de su padre y conquista a su manera. A un marido, naturalmente; un pobre hombre que oscila entre un amor ideal por una novia bastante etérea y los acometedores encantos de Carolina, que se apodera de él en cuerpo y alma, de ésta al menos por un tiempo. La psicología de Carolina y la de su marido-amante —ya que hay entre ambos una relación fundamentalmente inestable— está muy bien tratada y algunos de los personajes secundarios están certeramente dibujados, si bien con trazos más bien exteriores, que dan, sí, una imagen

Anne y su pequeño mundo, de L. M. Montgomery es una colección de doce historias muy convencionalmente norteamericanas, si se quiere, por su exacta dosificación de ternura, "romance" y el carácter de los personajes que en ellas intervienen. Pero hay en ellas tal acento de sinceridad y frescura de sentimientos que, a pesar de su tinte *rosa* logran interesar y conmover. Incluso uno de los relatos, el titulado "Cada uno en su propia lengua", cuya moraleja es tan previsible y evidente, se salva por la fuerza y humanidad del sentimiento que encierra. Sería difícil encontrar, en el género de las narraciones que publican las revistas femeninas semanales, algo de mayor categoría literaria tan simpático y atractivo. La traducción de Lydia y José García Díaz es muy buena y el volumen está hecho con el cuidado que felizmente distingue a *Emecé Editores*.



A la larga serie de biografías que lleva ya publicadas, el Pbro. Alejandro Vicuña ha añadido ahora una de *Pablo de Tarso*, a quien él llama "libertador del cristianismo". Esta nueva vida del Apóstol de las Gentes no añade nada a las anteriores. El libro adolece de cierta frialdad íntima que no logran disimular los adjetivos con que al autor califica la persona y la obra de San Pablo. Falta la visión interior del personaje y de su mundo, que aparece visto a casi 2.000 años de distancia y no vivido coetáneamente.

La edición fué hecha en 1953 por la Pía Sociedad de San Pablo, en Santiago.



Quizá sea inconveniente tratar ciertos temas con una desenvoltura y en un tono que pueden hacer pensar a los lectores desprevenidos que se trata de cosas sin importancia, o que, si evidentemente

apropiada del personaje, como es el caso de don Pablo Arrué, el abogado provinciano, o de Scarabello, un italiano arribista y audaz.

Por lo que se refiere al carácter sociológico de la novela, su captación de un momento de la evolución de la sociedad chilena, es un médico inconformista, el Dr. Gálvez, el portavoz de las opiniones del autor. Este ve el comienzo de la decadencia en la tendencia de los hijos a gastar más de lo que permite la fortuna amasada por los padres en un trabajo rudo e incansable, sin trabajar ellos del mismo modo. Así se disipa sin provecho real para nadie el capital amasado en una época de mayor sobriedad moral y material. Una inagotable sed de placeres está empujando a la capital a una cantidad creciente de chilenos que quieren disfrutar de lo que tienen. ¿Es la influencia del "salitrazo"? Quizá. En todo caso, Urzúa prefiere insistir en la importancia de los cambios de orden más bien moral que se están operando en la sociedad del 1890. Su novela, sin ser profunda a estos respectos, da algunas aproximaciones interesantes. Su interés mayor, como se ha dicho, reside, sin embargo, en el excelente retrato de Carolina, una de las pocas bien trazadas figuras de la novela chilena. Esta hubiese ganado de estar más concentrada en torno a la hija del viejo arriero de mulas de Cabimbao.

Alejandro Magnet

* ☆ *

Graham Greene estuvo realmente en México y en el México en que ocurre su novela de **El Poder y la Gloria**. El país de Calles, Carranza, Cedillo, Cárdenas, Garrido Canabal y docenas de generales. Un país en donde había Estados en los cuales alguno de esos generales había destruido todas las iglesias y expulsado a todos los curas, salvo a uno o dos que andaban prófugos, a salto de mata por los campos, para no abandonar, o sin poder abandonar a sus feligreses. O donde había obispos como el de San Luis Potosí —cuenta el mismo Greene— "a quien se le atragantó la encíclica papal **Rerum Novarum** hasta el punto de esconderla en el sótano, donde la encontró un sacerdote después de la revolución de Carranza". En **Caminos sin Ley** (Ediciones Criterio, Buenos Aires, 1953), no sólo está el embrión de **El Poder y la Gloria** y de algún cuento como **A través del Puente** (lo que eventualmente es muy interesante para el que desee estudiar los antecedentes de una obra literaria), sino que aparece una sucesión de cuadros de viaje pintados de mano maestra y que alcanzan a menudo una fuerza alucinante.

El libro, desde luego, no pretende presentar una visión panorámica de México, sino que contiene meras impresiones de viaje: trozos de paisaje, sensaciones de ciudades, personajes, escenas, vistos al pasar. Del conjunto, inconnexo y todo, emana, sin embargo, un poderoso y turbador aliento de vida en fermentación.



la tienen, el autor no se las da. Ignacio B. Anzoátegui ha cometido ese error en sus *Monólogos con Lady Grace*. Hay la tentación de añadir que felizmente lo ha hecho porque su libro es ágil y gracioso. Pero eso mismo como que le quita vuelo, lo deja sin dimensión trágica, algo que ahora tienen todas las grandes cuestiones. Al enfocarlo de manera que su tragedia se evada en una pirueta elegante, se da de ellas una visión falsa y, en cierto modo, irresponsable. Aquella sentencia wildeana de que algunas cosas son demasiado importantes para ser tratadas seriamente corresponde a una época en que las cosas importantes parecían tan fuera de cuestión que se las podía tratar de cualquier manera, e incluso con seriedad.

Con todo, por momentos Anzoátegui alcanza una seriedad chestertoniana. Es que, en verdad, como él mismo lo dice, "cuando una idea ha envejecido, cuando ha descendido a todos los cafetines y ha trepado a todos los cajones improvisados de todos los parques de la oratoria pública y privada, entonces ya es casi imposible defenderla. Para hacerlo posible es indispensable reanimarla antes con palabras nuevas, echarle a la cara el balde de agua de un nuevo diccionario —quizá de un diccionario de ideas desafines—, auxiliarla con voces que suenen a trinos o a cañonazos o a carcajadas. Porque el hombre exige que se le rehumanice, que se lo vuelva a su condición de hombre necesitado de asombro, que se lo escandalice, en suma, con la verdad". "Necesita que Dios vuelva a ser una sorpresa, que vuelva a ser inexplicable, que vuelva a ser indefendible...".

La explicación del tono de libro y de la posición del autor parece estar en el hecho de que él vive en un mundo en el que Dios no es una sorpresa sino una costumbre



Documentos



EL MENSAJE SOCIAL DE FEDERICO OZANAM

El mes de Octubre pasado, la Pontificia Universidad Católica de Lima, realizó en dos solemnes veladas, la conmemoración del Primer Centenario de Federico Ozanam.

Correspondieron estas Conferencias al Dr. Vittorino Veronese, ex Presidente de la Acción Católica Italiana que tocó el tema: "El apostolado intelectual de Federico Ozanam", y al Excmo. señor Obispo de Talca, Mons. Manuel Larrain Errázuriz, a quien se le asignó el tema: "Mensaje social de Ozanam".

Las Conferencias tuvieron lugar en el Instituto De la Riva Agüero, de Lima, contando con la asistencia de un selecto y numeroso público universitario.

Amigos, vinculados a la Universidad Católica de Lima, nos han hecho llegar la Conferencia de Mons. Larrain que creemos de interés publicar en estas páginas.

Un mensaje y un llamado.

Hé aquí lo que en esta evocación centenaria hemos venido, en el recuerdo de Federico Ozanam, a buscar.

Un mensaje, que no es otro sino la secular doctrina social de la Iglesia que él nos entrega hecha calor y vida.

Un llamado, que al través de su acento de precursor social, él nos transmite en una quemante interrogación, ¿hemos sabido recibir ese mensaje y cumplirlo?

Mensaje y llamado que nos hacen ver la grandeza de un hombre que supo comprender su tiempo y sentir hondo sus problemas, que miró lejos las perspectivas de una nueva edad histórica que se anunciaba, que palpó las llagas abiertas de una sociedad y señaló sus remedios y que, adelantándose a los hombres y acontecimientos de su época, mostró el camino por donde el mundo del mañana encontraría la verdadera paz.

No es sólo un católico eximio, un escritor brillante, o un investigador erudito, ante quien hoy nos detenemos; sino una figura señera del Catolicismo moderno en el cual se unen en maravillosa conjunción, la visión inquieta del precursor social, la mirada honda del investigador histórico, y, sobre todo, el corazón ardiente en caridad del apóstol.

Y de esa vida rica en su brevedad fecunda, de esa inquietud vibrante en sus horizontes dilatados, de ese amor quemante en su celo auténtico, brota para nosotros, católicos del siglo XX, un mensaje social cuyo contenido tratamos hoy de desentrañar.

La primera nota que en ese mensaje encontramos, es la aguda visión del problema social que el mundo moderno enfrenta.

No fué casualidad, ni mera investigación histórica lo que llevara a Ozanam a escoger el tema de su principal obra, "La civilización en el siglo V".

Una clara visión cristiana de la historia y una honda comprensión de su tiempo, le mostraban las grandes similitudes entre el siglo V que vió caer a Roma al peso de su corrupción y al ímpetu de los pueblos nuevos, y la crisis de nuestra edad moderna que entonces se iniciaba.

Ante su inteligencia de filósofo cristiano de la historia se plantea un grave problema que su corazón de apóstol igualmente recoge: ¿cuál será el papel de la Iglesia y cuál será el comportamiento de los cristianos frente a la era revolucionaria que se abre, como consecuencia de la lucha por los derechos del proletariado?

Y el pensador cristiano responde a esta pregunta en el prólogo de la obra que hace un instante citábamos. Es mostrando el inmenso sentido social del Cristianismo cómo los pueblos inquietos hallarán la solución que anhelan. El Dogma de la Encarnación le dice al creyente que el Verbo de Dios se hizo hombre para vivificar y elevar nuestras realidades terrenas; que el Cristianismo es la asunción de todos los valores humanos, para llevar al hombre a lo eterno por lo temporal, a lo invisible por lo visible, a Dios por las criaturas; mientras el desarrollo de la historia le afirma al

investigador que es en la medida en que los individuos y colectividades toman conciencia de su deber social, cómo las civilizaciones espiritualmente progresan o decaen; porque el Cristianismo o es social o no es.

Y lo que la visión del intelectual católico contempla con claridad meridiana, hace vibrar de inquietud el alma ardiente del apóstol.

¿Cómo sincronizar en perfecta armonía el movimiento de la Iglesia y el movimiento del mundo?

Es el angustioso problema que la inteligencia y el corazón de Ozanam enfrentan, y de donde arrancan su posición y su acción en el campo social.

Ha nacido en los momentos en que acaba de terminar la Revolución Francesa y en que sus hondas consecuencias comienzan a palpase. Crece en el ambiente descristianizado que la Revolución y el Imperio han dejado en Francia. Su juventud, siente, según su propia expresión, "ei rumor de un mundo sin fe". Sabe, añade, "de las dudas que carcomen el corazón en el día y se hallan en la noche sobre la almohada bañada de lágrimas". Llega a París en los momentos en que la revolución de 1830 hace sentir a la Iglesia las consecuencias dolorosas de su estrecha alianza con la Restauración. Ahí ha podido constatar, que si bien el Catolicismo francés no carece de notables escritores y pensadores, éstos según frase de Lacordaire, "han marchado a banderas desplegadas en el sentido contrario que llevaba la nación". "Por eso, añade el mismo autor, la voz del vizconde de Bonald, del conde de Maistre, del abate Lammenais, no llegaban a las multitudes, sino como el eco que se apaga de un pasado que no tenía que volver". Y el gran dominico completa su cuadro agregando: "al lado de esas inteligencias carentes de apoyo y de poder, había tenido la Iglesia por defensores a algunos hombres mal aconsejados, hombres que creyendo luchar contra los errores les abrían la puerta, y animados de la mejor intención de salvar todas las cosas, perderían a Dios, si Dios pudiera perderse. No es difícil juzgar cual tenía que ser la suerte de las nuevas generaciones que, obligadas a oír una enseñanza que ni siquiera disimulaba su aversión, salían de la niñez despreciando el Evangelio, mientras la libertad, caminando delante de ellos, con la atracción de su imagen era la máscara de la impiedad".

Nadie duda de la gravedad del mal. Pero, en cambio, no hay acuerdo sobre los remedios.

Algunos, narra Lacordaire, pensaban que "era necesario a todo precio restablecer el antiguo régimen, y que si esa esperanza resultaba quimé-

rica, no quedaba sino cubrirse la cabeza y esperar con resignación los últimos golpes del abismo". (O. C. p. 205).

Otros, los más jóvenes, "nacidos entre las ruinas, si bien no las amaban, las comprendían mejor" (Lac.). Y esperaban, desafiando los peligros, poder dar a ese mundo en gestación su rostro cristiano.

Aquí aparece con toda su fuerza la vocación providencial de Ozanam. Y aquí también hallamos la raíz de su mensaje social.

El siglo V, que él ha estudiado con la doble posición del investigador y del apóstol, le dice cómo la Iglesia en vez de llorar sobre las ruinas humeantes de Roma caída, sale al encuentro de los pueblos invasores para que un día brille sobre ellos la luz del Evangelio. Y el siglo XIII, que él ha profundizado en su magistral estudio sobre Dante, le mostrará cómo de ese encuentro de la Iglesia y el mundo bárbaro ha nacido la Edad Media "enorme y delicada" —para decirlo con verso de Verlaine—, dónde un orden social encuentra en el Evangelio la savia de su inspiración.

Por esto Ozanam comprende su tiempo y lo ama. Mira al mundo en que le toca vivir y siente sus angustias e inquietudes. No se refugia en un pasado ideal, a menudo inexistente, sino hace suya la plegaria de Jesús por sus discípulos: "no te pido que los saques del mundo, sino que los preserves de todo mal".

Sabe que su siglo encierra muchas miserias. Pero sabe que también contiene grandes esperanzas. Es una edad atormentada del bien y del mal. Pero el que cree en la fuerza de la Redención nada teme. "El primer deber de los cristianos, nos lo dice él mismo, es el de no asustarse, y el segundo, el de no asustar a los demás. Al contrario, ellos deben tranquilizar a los espíritus turbados, mostrándoles que no falta la providencia".

El movimiento de la historia y el de la Iglesia, deben de coincidir. Las grandes aspiraciones del corazón humano han de encontrar en el Evangelio una respuesta. Las inquietudes de su siglo han de ser saciadas en manantiales de vida eterna.

"La doctrina que profesamos, escribirá Ozanam en "Le Correspondant", exige mucho de sus discípulos; los pone al servicio de la justicia y de la caridad y no les permite permanecer indiferentes a todo lo que interesa, la libertad, el honor y la vida de sus hermanos".

Es, pues, en esa posición social que el Cristianismo establece, dónde Ozanam encuentra la fórmula salvadora a la crisis presente.

Su malogrado compañero de ideales en L'Avenir, Lammenais, había precisado en una hermosa página esta posición:

"Cuando el Cristianismo apareció en la tierra, decía, el título de servidor llegó a ser la definición misma del poder; un mundo nuevo nació, al cual afluyeron como a un refugio inesperado, todos los sufrimientos, todas las miserias sociales, todos los que tenían hambre y sed de justicia, y así se dilató tan pronto la Iglesia primitiva, centro de amor alrededor del cual se reconstituyó la humanidad".

"Que los cristianos de hoy tomen conciencia de lo que son, que sean de nuevo la sal de la tierra, y los pueblos cuya fe se apaga, se admirarán de haber buscado lejos, tan vanamente y con tanta fatiga y dolor, lo que el Cristianismo les ofrecía de sí mismo y que sólo en él pueden encontrar; la unión del orden y de la libertad".

Esa visión del problema social lleva a Ozanam a comprender tanto la naturaleza del conflicto como la actitud que ante él corresponde al católico. Es la segunda nota de su mensaje social.

Ozanam es un realista. Su posición no parte de teorías, sino de hechos que él enfrenta a la concepción cristiana del mundo y de la vida. Y el primer hecho es el de la horrible desigualdad en el campo de la economía. "La Revolución de hoy, escribirá en L'Ere Nouvelle, es la lucha de los que nada tienen con los que tienen demasiado".

El pauperismo que palpa de cerca, le hace ver la necesidad urgente de una reforma social: "entre estas dos clases de hombres, ricos y pobres, patrones y obreros, exclama, una lucha se prepara, y esta lucha amenaza ser terrible; de un lado la potencia del oro, por el otro, la potencia de la desesperación. Entre estos dos ejércitos enemigos, añade, sería necesario precipitarnos, si no para impedir, al menos para amortiguar el choque".

Cuando la revolución de 1848 ha pasado con su cortejo sangriento y cuando muchos católicos quieren, en la tranquilidad aparente, cerrar los ojos a las causas que la han producido, el apóstrofe de Ozanam vuelve a resonar: "Habéis aplastado la revuelta, les dice; os queda, sin embargo, un enemigo, del cual vosotros no queréis que se os hable y del cual nos hemos resuelto a hablar: la miseria".

Su palabra clara tenía forzosamente que herir a tantos que creen que con no mirar el problema éste ya no existe, o que el señalar un mal real es producirlo.

"No podrá Ud. creer, confía Ozanam a Lallier,

qué hostilidad se ha desencadenado contra el P. Lacordaire y sus amigos". Y aún añade, el Arzobispo, por haberlos apoyado "ha sido violentamente atacado".

Pero lo que entonces hería, y en bocas de algunos clamaba a escándalo, iba a ser 90 años más tarde solemnemente afirmado por S. S. Pío XI en la Cuadragésimo Anno, mostrando cómo Ozanam había, con mirada profética, señalado el mal y su hondura.

"Al declinar el siglo XIX, dice la Encíclica citada, la evolución económica y los nuevos desarrollos de la industria tendían en casi todas las naciones a dividir la sociedad en dos clases; de un lado, una minoría de ricos en el goce de casi todas las comodidades que con tanta abundancia ofrecían los inventos modernos; del otro, una multitud inmensa de trabajadores reducidos a una angustiosa miseria y que se esfuerzan en vano por salir de ella". (Q. A.).

Palabras angustiosas que parten del Vicario de Cristo y que son la plena confirmación a los 4 artículos que la pluma de Ozanam escribiera en 1848 en L'Ere Nouvelle. Bajo los sugestivos títulos de: "Orígenes del socialismo", "Las causas de la miseria", "La asistencia" y "A las gentes de bien", el gran precursor muestra a la luz de la rica tradición católica; Santo Tomás, San Basilio, Decreto de Graciano, etc., el sentido social que el concepto cristiano de la propiedad encierra.

Para el hombre que ve los acontecimientos en la doble mirada de la historia y la fe, no podía ocultarse el hondo significado de los hechos que Francia y el mundo vivían en esos instantes.

Y es Ozanam quien en L'Ere Nouvelle, vuelve a dar su explicación clara y su advertencia oportuna.

"Tras la revolución política, escribe, vemos una revolución social. Vemos el advenimiento de esa clase obrera que aún no se conoce suficientemente. La burguesía, continúa, ha rechazado como cuestiones incendiarias desde hace 20 años todos los problemas que tocan a la organización del trabajo. ¡Oh, satisfechos!, concluye en vigoroso apóstrofe, no cerraréis suficientemente vuestras ventanas y puertas sin que esos ardientes problemas no lleguen a resonar junto a vosotros".

De la constatación de esa realidad social, el historiador del siglo V, que ve en esa época a la Iglesia salir al encuentro del mundo bárbaro, sabe sacar una posición definida y precisa. Y cuando con inmensa alegría de creyente y filial sumisión de hijo, oye la voz de S. S. Pío IX señalando el

alcance de la crisis social y las perspectivas históricas que encierra, brota de su pluma y, más aún, de su corazón, su célebre frase expresión de la posición de un hombre que comprende la misión social que al Catolicismo corresponde llenar:

"La situación presente, dice, es semejante a la de los tiempos de Gregorio III. De un lado la monarquía "perdida por sus faltas, por el escándalo de su conducta, por la usurpación de los derechos de Dios"; de la otra parte, las muchedumbres miserables, el número infinito de almas que hay que reconquistar y salvar", el proletariado, que, como los bárbaros de los siglos V al VIII llevan en sí toda la pujanza de la nueva edad que nace. "Ojalá, concluye en un grito que es como la síntesis de su pensamiento —pueda el pontificado actual arrastrar también a los católicos franceses, en el camino que se abre—. "Vayamos a ese pueblo que no nos conoce. Pasemos a los bárbaros y sigamos a Pío IX". (Le Correspondant, 10 Fevrier-1848).

Y 83 años más tarde, la voz de Roma, sintetizará en la *Quadragesimo Anno* la posición católica ante la promoción de la clase obrera, diciéndonos que la finalidad suprema de la doctrina social de la Iglesia es la redención del proletariado.

Godofredo Kurth, si viviera vería en este tema central de la Encíclica una nueva respuesta de la Iglesia en otra encrucijada de la historia.

Nosotros, al recibir de S. S. Pío XI como una consigna y una meta "la redención proletaria", sentimos vibrar en ella, el grito visionario de Ozanam:

"Vayamos al pueblo. Pasemos a los bárbaros y sigamos a Pío IX".

La voz profética de Ozanam encontrará así en la voz inapelable de Pío XI su plena realización.

Y al cumplirse el primer centenario de su muerte vemos agigantarse en el escenario de la historia presente la figura de Ozanam, el precursor del gran mensaje social de la Iglesia a la Humanidad.

Pero, ese sentido de la justicia que está en el fondo de la posición social de Ozanam, no es algo rígido y frío. Como cristiano tiene que estar animado de caridad.

Corría el año 1833 y Ozanam con sus amigos irataban de llevar adelante las discusiones suscitadas en las conferencias de la historia. En uno de esos apasionados debates, algunos califican a la Iglesia como cosa muerta, lanzando al rostro de Ozanam y sus compañeros esta quemante pregunta:

"—Vosotros que os llamáis creyentes, ¿qué obra de caridad hacéis?"

Y los ocho jóvenes católicos se preguntan confundidos:

"Si nuestros esfuerzos son improductivos, ¿no dependerá por ventura de falta algo para la eficacia sobrenatural de nuestra palabra? Sí, realmente responden; para que Dios bendiga nuestro apostolado, una cosa le falta: obras de caridad. La bendición de los pobres es la bendición de Dios".

Las Conferencias de San Vicente de Paul han nacido.

No pretendemos en este momento trazar su historia admirable, sino tan sólo señalar qué es lo que ellas representaban en el mensaje social de Ozanam.

Ellas tienen, ante todo, un valor doctrinal.

El testimonio de una fe que se vive, debe darlo la caridad.

En una época en que la fe vacila y en que la duda muerde los espíritus, Ozanam ha meditado la palabra de Pablo: "Que es haciendo la Verdad en la Caridad como crecemos en Aquél que es la Cabeza, Cristo". Y por eso, según su propia expresión: "Nuestro intento fué, dice, el de mantenernos firmes en la fe católica y propagarla en otros por medio de la Caridad".

Quien ha salido victorioso, gracias a la oración y al estudio, de la crisis de la fe, puede comprender bien la realidad íntima de la Iglesia, y ver cómo la caridad fraterna es la expresión práctica de un dogma fundamental del Cristianismo; que todos somos uno en Cristo.

El misterio de la Iglesia es esa maravillosa comunidad de vida en Jesucristo animada por la caridad.

Cada miembro de ese Místico Cuerpo pasa a ser responsable por su parte, de la suerte del Cuerpo entero. Todo lo que recibe, todo lo que vale, lo que es, debe ponerlo al servicio de sus hermanos para el crecimiento de la Iglesia toda.

No basta con aceptar este dogma; hay que vivirlo. No basta con decir, creo. Es necesario amar. "En el atardecer de la vida, escribió Juan de la Cruz y repitió Teresa de Lisieux, seremos juzgados en el amor".

"Aquel Dios, escribirá Ozanam, que aproxima las nubes para que estalle el rayo, es el mismo que aproxima las almas cuando quiere que surja de ellas el amor".

La posición social del Cristianismo es la consecuencia lógica y necesaria de su ley fundamental de amar.

Trece meses después del fallecimiento de Ozanam, Pío IX recibió la delegación de 400 socios

de las Conferencias. Al oír la lectura de su informe, el Papa, conmovido, exclamó levantándose:

"Hijos míos, yo os consagro caballeros de Jesucristo. El mundo no cree en la predicación, pero cree aún en la caridad. Id a la conquista del mundo por el amor a los pobres".

Esa ley de amor debe llevarnos al sentido del pobre. Ahí está la segunda característica de las Conferencias de S. Vicente, y una de las más altas notas del mensaje social de Ozanam.

Porque ha meditado a fondo el Evangelio y se ha adentrado en la rica tradición de la Iglesia; él puede, con autoridad indiscutida recordar a su tiempo y al nuestro la gravedad de esta enseñanza.

Santo Tomás nos dice que hay que ver a Jesucristo en la persona del pobre. El Santo Doctor enseña que Cristo está de doble manera en los pobres, por comisión y por sustitución. Los pobres son los ministros de Dios establecidos para recibir de los ricos lo que éstos deben a Dios. Los príncipes tienen oficiales para distribuir entre sus súbditos los bienes de que éstos tienen necesidad. Los ricos son los ministros de Dios para dar a los pobres lo que ellos reciben con abundancia.

Jesucristo está en el pobre: "Lo que hicisteis con alguno de mis pequeños hermanos conmigo lo hicisteis". (Math. XXV, 46).

La palabra del Angélico encuentra eco magnífico en otro autor que también ha sido para Ozanam, su maestro, Bossuet. Y en la página maravillosa que el gran Obispo de Meaux escribiera sobre "la eminente dignidad de los pobres en la Iglesia", el fundador de las Conferencias de San Vicente ha ido a buscar la inspiración para el mensaje social que debe entregar a nuestro tiempo.

"Como Jesucristo, dice Bossuet, vino al mundo para invertir el orden que el orgullo había establecido, de ahí viene que su política es directamente opuesta a la del siglo, y yo noto esta oposición principalmente en tres cosas: Primero, en el mundo los ricos tienen toda la ventaja y los primeros puestos; en el reino de Jesucristo la preeminencia pertenece a los pobres que son los primogénitos en la Iglesia y sus verdaderos hijos. Segundo, en el mundo, los pobres están sometidos a los ricos y no parecen nacidos sino para servirlos; al contrario en la Santa Iglesia, los ricos no son admitidos en Ella sino a condición de servir a los pobres. Tercero; en el mundo, las gracias y los privilegios son para los poderosos y los ricos; los pobres no tienen en ellos parte sino por su apoyo; en cambio que en la Iglesia de Jesucristo,

las gracias y las bendiciones son para los pobres y los ricos no tienen privilegio sino por su intermedio".

Sólo un hombre que se ha impregnado en esta sublime enseñanza, pudo como Ozanam escribir esta página que nunca nos cansaremos de meditar:

"Si nosotros no sabemos amar a Dios... sin duda, es porque vemos a Dios con los ojos de la fe ¡y nuestra fe es tan débil! Pero a los hombres, a los pobres, los vemos con los ojos de la carne; están ahí, podemos introducir el dedo y las manos en sus llagas; las huellas de la corona de espinas se ven en su frente. Aquí no hay sitio para la incredulidad, sino que debemos caer a sus pies y exclamar con el apóstol: Dominus meus et Deus meus".

Este sentido del pobre que en forma tan elocuente resuena en el mensaje social de Ozanam, tiene como consecuencia un tercer acento que es necesario aquí también mencionar: el sentido y deber de la limosna.

Ese deber, nos enseña la doctrina de la Iglesia, nace de la naturaleza misma de los bienes terrenos. El único dueño absoluto de todos los bienes es Dios. Es el Señor.

Nosotros somos tan sólo administradores de los bienes.

Dios puede quitarnoslos cuando le plazca. Puede también imponernos la obligación de compartir los bienes que son suyos.

Y Dios ha impuesto en forma clara y perentoria ese precepto.

Oigamos nuevamente a Ozanam en el tema en él tan frecuente de la limosna:

"La Roma pagana, escribió, no vió en la limosna un deber para nadie, sino un derecho para todos. El Cristianismo ha cambiado totalmente esto; ahora la limosna no es un derecho para nadie, sino un deber para todos. Es un deber sagrado; mandamiento es y no sólo consejo. Pero si el Cristianismo impone la limosna como un deber es porque existe un pobre anónimo y universal; Jesucristo, que es pobre en la persona de sus pobres. Sólo El es el acreedor de todos, porque sólo El tiene un tribunal en el cual espera al mal rico".

Las Conferencias de San Vicente de Paul, serán así en el pensamiento de Ozanam el medio indispensable de testimoniar su fe en el recto uso de los bienes terrenos, en el sentido sobrenatural del pobre y en el ejercicio de la caridad perfeccionando y completando la obra de la justicia.

Conviene a este respecto hacer notar cómo Ozanam sabe en forma precisa disipar un peligroso

equivoco que con no poca frecuencia se presenta en nuestros días; las relaciones entre la justicia y la caridad.

Creo necesario detenerme en este punto.

Diversas por su objeto y por su origen, tanto que a veces pueden parecer irreductibles, no hay dos virtudes cuya unión sea más necesaria, desde el punto de vista social, que la justicia y la caridad.

Ni la justicia sola sin el concurso de la caridad, ni la caridad sola sin el fundamento de la justicia pueden realizar la obra que les corresponde.

Hay católicos que en nombre de la caridad rechazan la justicia, y católicos que por exaltar la justicia, miran en menos la caridad.

Ambas posiciones son falsas.

La justicia es la base de nuestras relaciones humanas. No puede reinar el amor donde existe la injusticia. El cristiano está obligado al cumplimiento de todos sus deberes de justicia conmutativa y social. La caridad no se ha hecho para cubrir las faltas de la justicia. Cada católico tiene el deber "de contribuir aunque le cueste notables renunciaciones al avance de aquella justicia social de la que deben tener hambre y sed todos los verdaderos discípulos de Jesucristo". (S.S. Pío XII, 1º-X-1944).

Hay católicos que creen poder cubrir sus injusticias con algunas limosnas. Están en un error. Hay quienes creen que con unas cuantas dádivas unidas al olvido de sus deberes sociales solucionarán los problemas nacidos de ese mismo olvido. No es con árboles de Navidad como solucionaremos el problema social", escribió aquel gran Arzobispo de París, que fué el Cardenal Suhard. Pero la justicia sola no basta. Y este es otro error, contrario al primero, en el cual también se cae. Hay católicos que creen que sólo pueden hablar de justicia y que el mencionar la caridad fuera como disminuir su justo anhelo de progreso social. Oigamos lo que sobre estos nos dice S.S. Pío XI en la Encíclica *Quadragesimo Anno*: "Mas para asegurar estas reformas es menester que a la ley de la justicia se una la ley de la caridad que es vínculo de perfección. Ciertamente, la caridad no debe considerarse como una sustitución de los deberes de justicia que injustamente dejan de cumplirse. Pero, aún suponiendo que cada uno de los hombres obtenga todo aquello a que tiene derecho, siempre queda para la caridad un campo dilatadísimo. La justicia sólo, aún observada puntualmente, puede, es verdad, hacer desaparecer la causa de las luchas sociales, pero nunca unir los corazones y enlazar los ánimos. Ahora bien, todas las instituciones destinadas a consolidar la paz y promover la colaboración so-

cial, por bien concebidas que parezcan, reciben su principal firmeza del mutuo vínculo espiritual, que une a los miembros entre sí; cuando falta ese lazo de unión, la experiencia demuestra que las fórmulas más perfectas no tienen éxito alguno. La verdadera unión de todos en aras del bien común sólo se alcanza cuando todas las partes de la sociedad sienten íntimamente "que son miembros los unos de los otros"; por donde si un miembro padece, todos los miembros se compadecen".

De la justicia animada de caridad brota la fraternidad que es la verdadera prosperidad y fuerza de los pueblos.

Ozanam, en admirable fórmula, nos demuestra cuán bien comprendiera estas relaciones y cómo el gran llamado a la caridad que las Conferencias significaban, encerraban precisamente un gran llamado a la justicia social.

"La caridad de la asistencia, decía, es el Samaritano que derrama aceite sobre las heridas del viajero, pero pertenece a la justicia el impedir que el viajero sea asaltado". (Melanges, 1872).

◆ Más aún, la caridad, no sólo complementa la justicia sino la hace progresar.

Ozanam ha visto ese amplio sentido social de la caridad y así en su pensamiento las Conferencias Vicentinas, debían ser, como en el hecho lo han sido, no sólo una institución admirable de caridad y asistencia sino las impulsadoras de una creciente justicia social.

De este modo ellas, sin dejar su carácter eminentemente caritativo, han abierto el paso a una justicia social siempre más amplia y universal.

"Lo propio de la caridad es de ser infinita en sus reivindicaciones; el amor no conoce términos. No le basta con curar las llagas y sanarlas; quiere suprimirlas. No es simplemente curativa, ella es preventiva y si sólo se dedicara al primer rol, no sería más la caridad cristiana. Ahora bien, no hay para ello sino una manera de ejercer ese rol preventivo, es el de hacer crecer y progresar la justicia en la humanidad; es crear una conciencia colectiva a su favor e introducir en las almas un llamado a derechos nuevos; es hacerle sentir su mal al desgraciado y sobre todo hacérselo sentir a otros que al mismo; es conducir la opinión pública a reconocer a aquellos que estaban despojados los derechos de justicia nueva y trabajar así a la redacción de códigos futuros. Haciendo surgir derechos nuevos, la Caridad es por tanto un instrumento obligado de progreso, y así se ve las relaciones que ella tiene con la justicia; la justicia de hoy es la caridad de ayer; la caridad de hoy es la justicia

de mañana". (Excmo. Mons. Gillet, Revue d'Apologétique, Fevrier, 1908, pág. 666).

El mensaje social de Ozanam, precisamente nos repite esta admirable integración de la justicia y de la caridad. Pero no sólo envuelve una enseñanza, sino también un llamado.

La vuelta franca y sincera de los hombres a la doctrina evangélica es la base de la renovación verdadera de la sociedad. Cuando a la ley de justicia se una la de caridad, cuando la verdadera unión en aras del bien común se realice al sentirse todos miembros de una gran familia, hijos de Dios, y componentes de un solo cuerpo en Cristo, entonces los ricos cambiarán su indiferencia por un amor solícito y activo hacia sus hermanos pobres y los obreros depondrán sus sentimientos de odio aceptando el papel que les ha señalado la Divina Providencia en la sociedad humana, siguiendo las huellas de Aquel que siendo Dios quiso ser obrero y aparecer como hijo de obrero. Para realizar esta empresa deben colaborar incansablemente la Jerarquía, abnegadamente el clero y apostólicamente la Acción Católica.

Ozanam, adelantándose a su tiempo, no sólo fué el precursor social, sino también el precursor del apostolado laico, mostrándonos la íntima relación que existe entre la Acción Católica y la cristiana solución del problema social.

La solución de la cuestión social no sólo forma parte de la Acción Católica sino que ocupa el papel más importante en el cual todos los católicos deben trabajar". Tales son, dice S.S. Pío X, en la Encíclica *Il fermo proposito*, —el objeto y las condiciones de la Acción Católica considerada en su parte la más importante que es la solución de la cuestión social y que a este título merece la aplicación más enérgica y más constante de todas las fuerzas católicas".

Al evocar, a la distancia de un siglo las enseñanzas de Ozanam, sentimos que el eco de su palabra vibra en las directivas actuales que nuestra generación ha recibido.

Grabemos en nuestra mente y corazón las apremiantes palabras con que termina la Encíclica "Quadragesimo Anno": "Unanse, pues, todos los hombres de buena voluntad, cuantos quieren combatir bajo la guía de los Pastores de la Iglesia la batalla del bien y de la paz de Cristo; todos bajo la guía y el magisterio de la Iglesia, según el talento, fuerzas o condición de cada uno, se esfuercen en contribuir de alguna manera a la cristiana restauración de la sociedad, que León XIII auguró en su inmortal Encíclica "Rerum Novarum"; no se

busquen a sí ni sus propios intereses, sino los de Jesucristo; no pretendan imponer sus propios pareceres, sino estén dispuestos a deponerlos, por buenos que parezcan, si el bien común lo exige; para que en todo y sobre todo, Cristo reine, Cristo impere, a quien se debe el honor, la gloria y el poder para siempre". (Q.A.).

Federico Ozanam, nos entrega su mensaje que; para salvar al mundo necesitamos apóstoles de la doctrina cristiana. Nadie que ame su fe puede excusarse de esta tarea. La doctrina social católica, la organización social católica, deben aparecer como la realización del Catolicismo integral, como la instauración magnífica de la doctrina social de Cristo, como el desarrollo social del catolicismo irradiando entre los hombres más justicia y más amor.

Han pasado cien años.

El precursor social, el apóstol de la caridad, duerme en la Iglesia del Carmen de París su eterno sueño.

Sobre su tumba, el curioso viajero o el devoto peregrino lee la palabra triunfante del Angel en el alba de la Resurrección:

"¿Por qué buscáis a un vivo entre los muertos?"

Es la magnífica vocación eterna del cristiano:

Y Ozanam vive para dictarnos al través de una centuria su mensaje.

"La figura de este mundo pasa", nos dice con Pablo de Tarso.

Pero, "la caridad no pasa jamás" nos repite con el mismo Apóstol.

Con esa mirada abierta del cristiano hay que contemplar la historia y ver:

que un orden nuevo se gesta en la crisis mundial que nos sacude;

que un mundo que ha hallado en la técnica su unidad material, busca en el espíritu su unidad espiritual;

que ese mundo moderno que nace hay que bautizarlo;

que el movimiento de la historia y el de la Iglesia han de encontrarse;

y que precisamente el vasto movimiento social que él con su grupo de amigos iniciara, ha avanzado pujante como avanzan siempre la Verdad, la Justicia y el Amor.

Pasaron los Lacordaire, los de Mun, los de la Tour du Pin en Francia;

los Ketteler y Vogelsang en Alemania y Austria; los Dscurtins y los Toniolo en Suiza e Italia;

los Mermillond en Friburgo, pero el movimiento social no se detuvo.

Ellos habían sabido ver el mal y denunciarlo. Ellos también habían sabido buscar en las doctrinas eternas del Cristianismo la solución y proponerla.

Un movimiento social cuyas raíces hincaban en el Evangelio, y en los Padres de la Iglesia, sacudía como una inmensa marejada el alma de los católicos de nuestra época, para decirnos "social, precisamente porque cristiano". El Cristianismo o es social o no es.

Y el espíritu que renueva la faz de la tierra, es el mismo que asiste e ilumina a los que puso a regir la Iglesia de Dios.

Y un 15 de mayo de 1891, el Pontífice de los grandes horizontes, León XIII, hablaba al mundo, para consagrar este movimiento y entregarle en la Rerum Novarum, "la Carta Magna del Trabajo Cristiano".

Cuarenta años más tarde, el mismo que en la vigilia de su muerte exclamaba "nadie tiene permiso a ser mediocre", S.S. Pío XI, nos entregaba en otro 15 de mayo, la Cuadragesimo Anno, con su consigna "hay que redimir al proletariado".

Sobre un mundo enrojecido, el "Defensor de la Ciudad"; Pío XII, recogiendo el grito de sus antecesores añadía que "esas doctrinas eran necesarias y obligatorias".

Y hoy, en lo más hondo de la conciencia católica vibra imperioso el sentido del deber social.

Un nuevo orden temporal se gesta en un mundo que gime en dolorosa transformación.

Y ese orden no es otro que el de la caridad animando la inteligencia en una búsqueda siempre más profunda y amplia de la verdad, impulsando la fraternidad en un sentido más vivo de la interdependencia humana, acelerando las realizaciones de la justicia social, de la cual el mundo de hoy siente cada vez con mayor angustia el hambre y la sed.

Y estableciendo ese sentido profundo de la comunidad humana y de la comunidad cristiana, es por donde nos acercamos a ese Reino de Dios que avanza entre las oscuras aguas de la historia.

Y mientras el católico del siglo XX, iluminado por la palabra clara y precisa y urgente de la Jerarquía comprende su deber social, ve proyectarse la figura de los que en el auténtico sentido cristiano de la sociedad fueron los precursores de este movimiento.

Y entre ellos, en primera fila, la del estudiante de Lyon, del profesor de la Sorbonne, del propulsor de las Conferencias de Notre Dame, del creador de las Conferencias Vicentinas, Federico Ozanam, que supo en su breve vida contemplar su tiempo y comprenderlo, ver la solución y proponerla, amar la justicia y apreciar la grandeza infinita de la caridad, y que hoy, continúa repitiéndonos el epitafio que se lee sobre tu tumba:

"¿Por qué buscáis a un vivo entre los muertos?"



EDICIONES DEL PACIFICO

LA HISTORIA Y LA POLITICA

- La batalla de Maipú, por el General Francisco Javier Díaz (2ª Ed.) \$ 120
- Voces de la política, el púlpito y la calle (2ª Edición), por Ricardo Boizard \$ 100
- Una experiencia social cristiana, por Alejandro Silva Bascuñán \$ 150
- La Fronda Aristocrática, por Alberto Edwards (4ª Ed.) \$ 250
- Geografía Electoral de Chile, por Ricardo Cruz-Coke \$ 150
- Nuestros Vecinos Justicialistas, (7ª Edic.), por Alejandro Magnet \$ 260
- Entre la Libertad y el Miedo, por Germán Arciniegas (3ª Ed.) \$ 370

CUESTIONES ECONOMICAS Y SOCIALES

- Seguridad Social Chilena, por Francisco A. Pinto \$ 150
- Sindicalismo (Historia, teoría y práctica), por Alberto Hurtado, S. J. \$ 200
- La Inflación (Naturaleza y problemas), por Aníbal Pinto, Jaime Barrios, Felipe Herrera, Sergio Molina, Max Nollf, Pedro Irañeta, Edo. Frei \$ 200
- Cuaderno de Comprensión Social y Cuaderno de la Realidad Nacional, por Carlos Vial (2 Vols.) \$ 250
- Hacia Nuestra Independencia Económica, por Aníbal Pinto \$ 200

EL PENSAMIENTO ACTUAL

- La Política y el Espíritu, por Eduardo Frei (2ª Edición) \$ 150
- A Través del Marxismo, por Julio Silva \$ 150
- Los Católicos, La Política y el Dinero, por Pierre Henri Simon \$ 100
- Sentido y Forma de una Política, por Eduardo Frei \$ 150
- Introducción a la filosofía social, por Carlos Hamilton \$ 250

NOVELA — CUENTO ENSAYO

- Los Santos van al Infierno, por Gilbert Cesbron (5ª Ed.) \$ 280
- Papelucho, por Marcela Paz (2ª Edic.) \$ 140
- Chile a la Vista, por Edo. Blanco - Amor (2ª Edic.) \$ 250
- América Latina Entra en Escena, por Tibor Mende (2ª Edic.) \$ 260

COLECCION DE AUTORES CHILENOS

- I. Ensayos, por José Toribio Medina \$ 160
- II. Bajo la Tienda, por Daniel Riquelme \$ 180
- III. Román Calvo, el Sherlock Holmes chileno, por Alberto Edwards \$ 160
- IV. Tradiciones serrenenses, por Manuel Goncha \$ 180
- V. Comarca del Jazmín y sus mejores cuentos, por Oscar Castro \$ 180
- VI. Sewell (2ª Edic.) por Baltazar Castro \$ 170
- VII. Esas Niñas Ugartec..., por Waldo Urrutia \$ 260
- VIII. El Socio, por Jenaro Prieto \$ 220

COLECCION EL UMBRAL

- I. Mirando al Océano, por Guillermo Labarca (4ª Edic.) \$ 150
- II. María y el Mar, por María Elena Aldunate \$ 140

PRESENCIA DEL PASADO

- I. Diario de mi Residencia en Chile en 1822, por María Graham (2ª Ed.) \$ 280
- II. Recuerdos de la Escuela, por Augusto Orrego Luco \$ 220
- III. Chilenos en California, por Enrique Bunster \$ 220

POESIA - PINTURA

- Antología de Oscar Castro, por Hernán Poblete \$ 170
- Antología de Pedro Prado, por Raúl Silva Castro \$ 150

- Dulce Patria, por Pablo Neruda \$ 200
- Edición Especial \$ 400
- Historia de la Pintura Chilena, por Antonio R. Romera \$ 260

Cuadernos Del Pacífico

1. Antillanas, por Mario Carreño \$ 250
2. Camilo Mori, por Antonio R. Romera \$ 250

COLECCION DE ESTUDIOS JURIDICOS

- Reformas introducidas al Código Civil por la Ley N° 10271, por Lorenzo de la Maza y Hernán Larraín \$ 400

COLECCION ESTUDIOS SOCIALES

1. Acción Católica y Realidad Modernas, por Mons. Manuel Larraín \$ 40
2. El Movimiento de Antigonish, por el Presbítero Humberto Muñoz \$ 40
3. La técnica de las cooperativas de consumo, por Kay Thompson \$ 40
4. El pensamiento social de Maritain, por por Carlon Nau-don \$ 60
5. Redención proletaria, por Mons. Manuel Larraín \$ 30
6. ¿Crecer o declinar de la Iglesia?, por el Cardenal Suhard \$ 50
8. Código Social de Malinas \$ 40
9. El cristiano frente al Mundo Moderno, por Mons. Manuel Larraín \$ 40
11. Hacia un Mundo Comunitario, por Jacques Chonchol y Julio Silva \$ 60
12. Hacia un nuevo orden por un catolicismo social auténtico, por Jorge Fernández Pradel, S. J. \$ 30
13. La ortodoxia de Maritain, por Julio Jiménez Berguecio, S. J. \$ 60
14. El orden social cristiano, por Alberto Hurtado, S. J. (2 vols.) \$ 250

EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.

Ahumada 57 — Teléfono 89166 — Casilla 3126 — Santiago.

DESPACHOS CONTRA REEMBOLSO DESDE UN LIBRO

EL SOCIO

por Jenaro Prieto



Esta novela, sin duda la más legítima e inteligente de las debidas a la pluma de un escritor chileno, es una obra clásica de nuestra literatura. En ella como en ninguna otra, Jenaro Prieto hace gala de un talento tan fino y muy personal que le confiere una originalidad y atractivo verdaderamente excepcionales. El hecho de que "El Socio" haya sido traducido al inglés, francés, alemán, italiano y japonés, y se haya vendido varias veces en español, tanto en Chile como en Argentina y España, demuestra su excepcional categoría dentro de las letras chilenas.

1 2 2 0 . -

EDITORIAL DEL PACIFICO S. A.

Ahumada 57 — Teléf. 89166 — Casilla 3126 — Santiago.

Despachos contra reembolso desde un libro.